

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

La valija

42 agentes de la CIA envían a la Embajada del país en que se encuentran informes relacionados con Arvelia, y las Embajadas los envían por valija diplomática a Arvelia. Se envían como si fuera una valija diplomática cualquiera, sin especial importancia. Pero ahora, esos 42 agentes de primer orden se han convertido en 36, y Brigitte, por supuesto, quiere saber quién los ha matado y por qué.



Lou Carrigan

La valija

Brigitte en acción - 123

ePub r1.1

Titivillus 24-05-2019

Lou Carrigan, 1970
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

El avión de la «PAB» hacía ya tiempo que había tomado tierra en la pista cuatro de La Marina, aeropuerto de Arvelia, capital de Guaytina, cuando los primeros pasajeros de aquel vuelo procedente de Río de Janeiro comenzaron a aparecer en la sala de espera, tras el rutinario y correspondiente paso por el servicio aduanal guaytino. Eran las doce y cuarenta minutos del mediodía cuando el hombre que esperaba con actitud impaciente se tensó bruscamente.

No cabía la menor duda. No podía equivocarse jamás. Jamás. Sus órdenes eran estar esperando en La Marina hasta que, en uno de los primeros vuelos procedentes de Río de Janeiro, llegase la más hermosa pasajera que pudiera pisar aeropuerto alguno.

Y así, se dirigió directamente hacia aquella muchacha de grandiosos ojos azules, cuerpo sensacional y caminar de ángel. O sea, que más bien parecía volar, deslizarse a ras de suelo flotando por medio de invisibles alas.

—¿Señorita Montfort? —preguntó, en español.

La damita que por todo equipaje llevaba una pequeña maleta y un gracioso maletín rojo con florecillas azules, se quedó mirándolo, sonriente. Era como si toda la luz del universo se hubiese concentrado en los tremendos ojos.

—Sí… —sonrió—. ¿Me conoce usted?

—Hasta ahora no había tenido ese inmenso placer. Me envían de la Embajada de Estados Unidos en Arvelia, a recogerla. ¿Me permite que me haga cargo de su equipaje?

—Como un favor especial, le permitiré que lleve mi maleta. ¿Es usted chófer de la Embajada?

—Desde hace un par de semanas, sí.

—Ah… ¿Puedo saber a qué se dedicaba antes?

—Oh, a pequeñas tonterías… A propósito: mi nombre es Simón… Simón Peralta, por ejemplo.

—Me resultan simpáticos los hombres que se llaman Simón. Es una manía como otra cualquiera.

Simón Peralta sonrió entonces. Cargado con la maleta de la señorita Montfort, se dirigió hacia la salida de las salas del aeropuerto de La Marina. Luego, directo hacia el *parking*, hasta llegar junto a un enorme auto negro, con matrícula diplomática de los Estados Unidos. Colocó la maleta junto al asiento del conductor, abrió la portezuela para que la señorita Montfort pasase al asiento de atrás, y finalmente se sentó ante el volante, partiendo de allí en el acto. El coche se deslizaba velozmente por la amplia autopista, hacia la capital de Guaytina.

—¿Quiere que la lleve a su hotel, o directamente a la residencia privada de Jefferson Makinley, nuestro embajador en Guaytina?

—Pues no lo sé… ¿Qué me aconseja?

—No soy quién para dar consejos a una personalidad como usted, Baby.

—¿Baby? No comprendo… ¿Qué significa esa palabra?

—¿No lo sabe?

—No.

—Bien… Seguramente, estoy en un error. De todos modos, entiendo que usted es el personaje que estamos esperando aquí, así que considéreme a su completa disposición.

—Parece usted defraudado.

—Con sinceridad, lo estoy. Pero ya le digo que si la han enviado a usted, sea bien venida. Es de esperar que podrá ponerse a la altura de las circunstancias.

—¿Cuáles circunstancias, exactamente?

—¿Me está pidiendo que le exponga la situación?

—Con la mayor claridad posible, señor Peralta. Francamente, todavía me estoy preguntando qué es lo que tengo que hacer en este país que jamás había visitado…

—Perdone. ¿Puede usted demostrarme que es la señorita Montfort?

Brigitte sonrió. Sacó su pasaporte del maletín, y lo tendió a Simón Peralta por encima del respaldo del asiento delantero. Sin abandonar el volante ni aminorar la marcha, Peralta echó un vistazo a la documentación. Era lo bastante experto para saber que era auténtica. La devolvió, con el ceño fruncido.

—Una periodista neoyorquina… —musitó—. ¿Qué es lo que espera usted conseguir en Guaytina, señorita Montfort?

—No lo sé. Ni lo sabré hasta que quede enterada de la situación. ¿Qué es lo que cree usted que debo conseguir, señor Peralta?

—Podríamos resumirlo en dos puntos. Uno: encontrar a uno de nuestros correos diplomáticos, que ha desaparecido. Dos, encontrar pruebas de culpabilidad contra el traidor Jefferson Makinley.

—¿Nuestro embajador en este país?

—Sí.

—Bueno… Le agradecería mucho que ampliase su información sobre ambos puntos, señor Peralta. Y, por favor, procure usted disimular ese gesto de tan profunda decepción.

—Nosotros, los que estamos trabajando en esto, esperábamos a otra persona. A una mujer, desde luego, pero…

—¿Me está menospreciando?

—Pues… Bien, perdóneme. Pero le aseguro que no es una periodista lo que necesitamos aquí.

—Nunca se sabe. ¿Quiere explicármelo todo, por favor?

Simón Peralta encogió los hombros. El asunto era de mucha envergadura, pero si los grandes jefes de Washington habían decidido enviar a aquella muchacha, era cosa de ellos.

—Veamos si consigo explicarle coordinadamente la situación. Tenemos en Arvelia, capital de Guaytina, a nuestro embajador, Jefferson Makinley, que, obviamente, está al cargo de la Embajada norteamericana en este país, situado, prácticamente, en el centro de América del Sur, con una pequeña zona costera en el Atlántico. Como usted sin duda sabe, todas las Embajadas norteamericanas en América del Sur intercambian información y servicios por medio de valijas diplomáticas, que son transportadas por correos especiales, hombres que se dedican exclusivamente a llevar esas valijas de una a otra Embajada, consulado, legación, o cualquier organismo análogo. Además de ese intercambio de valijas diplomáticas, nuestras Embajadas envían, periódicamente, informes de su labor en su país respectivo a Washington. Es decir, que cada Embajada, además de sus informes periódicos a Washington, intercambia valijas con las Embajadas norteamericanas instaladas en los demás países de América del Sur. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿La asombraría saber que algunas de esas valijas contienen informaciones… digamos… de índole… muy secreta?

—¿Espionaje?

—Por supuesto —gruñó Simón Peralta—. Es algo inevitable. La CIA interviene en todas las relaciones que Estados Unidos mantiene con otros países. Es algo que nadie ignora… O, al menos, es algo que no puede sorprender demasiado a nadie. Bien… Tenemos, entonces, que cada una de las Embajadas instaladas en países sudamericanos, envía dos clases de valijas. Una de esas valijas, normal y corriente, sale con rumbo a Estados Unidos, directamente, y, en verdad, podría ser leída o estudiada por cualquier persona del mundo. Pero, como le digo, cada Embajada tiene una segunda clase de valija, que no sale directamente hacia Estados Unidos.

—¿Hacia dónde sale esa… segunda clase de valija?

—Hacia Arvelia, capital de Guaytina Es decir, que esa clase especial de valija que cada Embajada de Estados Unidos en Sudamérica envía a Arvelia, llega a formar parte de un bloque de valijas que, a su debido tiempo, todas juntas, son enviadas, microfotografiadas, a Washington.

—Sigo entendiendo que esa segunda clase de valijas son las que contienen los documentos o informaciones más importantes… ¿Qué más?

—Usted lo ha dicho. Las valijas que salen de cada Embajada directamente a Estados Unidos, no tienen una importancia decisiva, de ninguna manera. Pero, precisamente los documentos más importantes, es decir, aquellos que contienen materia de espionaje por parte de la CIA en los países sudamericanos, son enviados a Arvelia como un simple intercambio de valijas sin importancia. Una vez recopiladas en Arvelia todas esas valijas son enviadas a Washington, por medio de microfotos, como ya le he dicho. De este modo, por medio de la Embajada de Arvelia, la CIA ve muy simplificado el envío de sus informes a Estados Unidos. Un ejemplo: los agentes de la CIA que obtienen determinados datos o informes en Ecuador, Chile, Perú, Argentina, Brasil, etcétera, no envían esos informes directamente a Washington. Simplemente, según la última táctica, llevan esos informes a la Embajada norteamericana más cercana del país donde se encuentren. Cada una de esas Embajadas, envía esos informes a Arvelia, como valija de rutina. En Arvelia, se

agrupan periódicamente todos los informes de todos los agentes de la CIA que están operando en Sudamérica. Y desde Arvelia, finalmente, como valija también rutinaria, es decir, metidos entre la valija rutinaria, microfotografiados, salen todos los informes de los agentes de la CIA hacia Washington. Es un ardid inocente, pero muy seguro, y, hasta hace poco, ha estado dando un resultado excelente.

—¿Ya no da resultado?

—Parece ser que no. Hace algún tiempo que diversos servicios de espionaje y contraespionaje internacionales actúan de tal modo que es evidente que conocen de antemano todos los proyectos de la CIA en sus respectivos países.

—Eso quiere decir que alguien de la Embajada de Arvelia facilita esos informes a esos países.

—¡Exactamente! Tales informes, son el trabajo recopilado de cuarenta y dos agentes de los llamados cabeza de serie de la CIA, los cuales presentan sus informes a su Embajada en el país en que se encuentren, y esa Embajada los envía a Arvelia como valija diplomática sin importancia ninguna. El total de esos agentes cabeza de serie que han estado trabajando hasta el momento, es de cuarenta y dos. Es decir…, eran cuarenta y dos. Ahora, son treinta y seis.

—¿Nos han matado seis? —musitó Brigitte.

—Sí.

—¿Y se supone que la traición que nos ha costado seis compañeros proviene de la Embajada de Arvelia?

—Sí.

—¿Y se supone, también, que están en peligro los otros treinta y seis agentes cabeza de serie de la CIA?

—Evidentemente. Sobre todo, después de la desaparición de uno de nuestros correos diplomáticos, de lo cual he hablado antes.

—Sí, entiendo… ¿Qué significa exactamente la desaparición de ese correo diplomático?

—Veamos… Ese correo, llamado Walter Buchanan, salió de Buenos Aires, en avión, desde luego. Llegó a La Marina, o sea, adonde ha llegado usted hace media hora… Y desapareció.

—¿Walter Buchanan, el correo procedente de Buenos Aires…, ha desaparecido?

—Sí. Con la valija que traía.

—¿Valija importante?

—¿Importante? Era la última pieza del rompecabezas.

—¿Rompecabezas? No comprendo…

—La cosa está montada de tal modo, por medio de claves, que hasta que no han llegado todas las valijas de todos los países sudamericanos, no es posible comprender el contenido de las otras. Es decir, que sin la valija que debía haber entregado ya Walter Buchanan, las demás no sirven para nada. O sea, que ahora, todas las valijas del último envío están en la Embajada de Arvelia, esperando la de Walter Buchanan, para ser enviadas a Washington, donde, con todas ellas, y utilizando la clave establecida, por medio de una computadora sacarán en claro toda una serie de informes y proyectos que la CIA está organizando en Sudamérica. Como es natural, incluso los países que están siendo… «honrados» con nuestra amistad, darían cualquier cosa por saber qué es lo que realmente la CIA piensa sobre ellos, y cuáles son los proyectos que se proponen respecto a su futuro político y económico a largo plazo. Hasta ahora, toda una serie de pequeñas informaciones a ese respecto ha ido llegando a oídos de los Gobiernos de nuestros amigos sudamericanos. Y tememos que pueda ocurrir lo mismo con esta última tanda de informes, la más importante, y muy decisiva. Eso nos crearía muchos problemas en toda Sudamérica. Prácticamente, seis de nuestros agentes cabeza de serie habrían muerto en vano, otros treinta y seis quedarían en situación muy desairada, y todo el esfuerzo y dinero gastado habría sido inútil.

—Entonces…, hay que encontrar a Walter Buchanan, el correo diplomático que ha desaparecido con la valija clave.

—Desde luego. Y, además, hay que demostrar la culpabilidad de nuestro embajador Jefferson Makinley, del cual se sospecha muy fundadamente que es quien ha estado vendiendo las anteriores informaciones a países sudamericanos afectos a relaciones con Estados Unidos en varios sentidos.

—Se hará lo posible… Lo que no comprendo es la desaparición de ese correo diplomático. De un modo u otro, su desaparición nos está beneficiando, ya que, si nuestro embajador es el traidor que vende la información diplomática a los países sudamericanos, esta vez no podrá hacerlo, al no tener la última valija, la valija-clave de Walter Buchanan.

—¿Usted cree que Makinley no tiene esa valija?

—¿Qué quiere decir?

—Bueno… Estamos vigilando a Jefferson Makinley. Y precisamente cuando empezamos a vigilarlo, él pide ser trasladado de Embajada. Solicita, nada menos, que un destino en Europa. Preferentemente, dado su conocimiento del idioma, solicita España. ¿No es casualidad? Justo cuando comenzamos a sospechar de él, pide el traslado a España. Y, poco menos que simultáneamente, desaparece Walter Buchanan, el correo diplomático que llegaba de Buenos Aires con la valija-clave. ¿Quiere que le diga algo, señorita Montfort? No me sorprendería nada encontrar muerto al correo diplomático Walter Buchanan dentro de poco, muerto en cualquier lugar… y sin la valija.

—Es decir, que usted piensa que nuestro embajador el señor Makinley teme que le hemos descubierto, se las ha arreglado para capturar a Walter Buchanan a su llegada a La Marina, lo ha matado, le ha quitado la valija…, y mientras la CIA piensa que el traidor era Walter Buchanan, que ha sido eliminado al fin por sus propios cómplices, Jefferson Makinley, con la valija que le ha robado a Buchanan, completa la clave de todo el conjunto de informes, vende esos informes como ha venido haciendo hasta ahora, y, sin pruebas contra él, espera, simplemente, el momento de ser trasladado a España…, mientras el correo diplomático Walter Buchanan es culpado de todas las traiciones habidas hasta el momento en la Embajada de Estados Unidos en Arvelia, capital de Guaytina.

—Oiga, su inteligencia es formidable, de veras…

—Gracias. ¿Tenemos vigilado a Jefferson Makinley?

—Desde luego.

—Bien. ¿Hay alguna pista, por pequeña que sea, sobre ese correo diplomático llamado Buchanan?

—Una pista muy pequeña: su novia. Una hermosa chica, natural del país, llamada Palmira Rosales. También está vigilada, claro. Vive en una linda casita, en Zona Residencial, en las afueras de Arvelia. Si Walter Buchanan se acerca a ella, será visto. Aunque no creo que lo haga: estamos casi convencidos de que Jefferson Makinley, o algunos de sus cómplices, capturaron a Buchanan cuando éste llegó a La Marina, se lo llevaron, le han matado, y ahora Makinley, que tiene su valija, cuenta ya con todos los

elementos para facilitar la información a sus habituales compradores. Sólo que está muy alerta, y esperará… Tendremos que vigilarlo muy atentamente.

—¿No se les ha ocurrido pensar que el traidor puede ser, simplemente, el correo diplomático, ese Walter Buchanan?

—No lo creemos —gruñó Simón Peralta.

—¿Por qué no?

—Pues porque no, Buchanan sólo tiene acceso a la valija que él propio transporta, pero no a toda la valija de Sudamérica que parte de Arvelia hacia Washington. En cambio, Jefferson Makinley sí tiene acceso a toda la valija conjunta.

—Entiendo. De todo esto, Simón, hay dos cosas únicamente que despiertan mi auténtico interés. Una de ellas es que no me gusta que hayan muerto seis agentes de la CIA La otra, que puedan morir otros treinta y seis, que, junto con los seis primeros, habrían trabajado y muerto para nada.

—¿Y no le importa recuperar esa valija?

—A decir verdad, los planes maquiavélicos que Estados Unidos pueda tener respecto a los destinos de los países sudamericanos, no suelen ser de mi agrado. De modo que considero que estos países tienen derecho a protegerse como sea de la tutela militar y económica de nuestra colosal patria. Parece que yo misma me contradigo, pero no es así. Quiero que el esfuerzo de esos cuarenta y dos hombres, de los cuales seis han muerto, sea aprovechado por Washington. Pero no me importa que Washington consiga o no consiga su objetivo a largo plazo de dominar más o menos amablemente todo el continente americano.

—¿Está usted hablando en serio? —Palideció Simón Peralta.

Brigitte sonrió dulcemente, fijos sus ojos en los del hombre, que la miraba por medio del retrovisor.

—No me haga mucho caso —murmuró la más bella espía del mundo—. Olvide mis opiniones y convicciones y dediquémonos a buscar al traidor, sea Walter Buchanan o Jefferson Makinley… ¿No se sospecha en modo alguno de la novia de Buchanan?

—¿De Palmira Rosales? —Pareció sorprenderse Simón Peralta—. Pues no… ¿Debemos hacerlo?

—Usted es el agente de la CIA, amiguito —dijo secamente Brigitte—. Yo soy una simple periodista, cuya llegada en lugar de la

tal Baby le ha decepcionado. ¿No es así? Sin embargo, creo que sería conveniente saber muchas cosas sobre esa señorita Rosales. ¿Es realmente ciudadana guaytina, o usa documentación falsa? ¿Qué clase de vida ha llevado hasta antes de conocer a Walter Buchanan? ¿Gasta mucho dinero o poco? ¿A qué se dedica? ¿Qué clase de amistades tiene? ¿Ha viajado por el extranjero? ¿Conoce algún idioma aparte del español? ¿Cuántos…?

—De acuerdo, de acuerdo —bufó Simón Peralta—. Nos ocuparemos de eso inmediatamente. No crea que las cosas son tan fáciles. Además, hemos tenido mucho trabajo montando la vigilancia en torno a Jefferson Makinley y buscando a Walter Buchanan. ¿Dónde quiere que la lleve ahora?

—A la Embajada. Seamos ciudadanos conscientes y cumplidores del… protocolo. Supongo que Makinley estará ahora en la Embajada.

—Claro. Hasta las… Un momento —sacó una radio de bolsillo, y admitió la llamada, que se oía como una suavísimo bip-bip-bip—. ¿Sí?

—¿Eres Peralta? —Se oyó una voz de hombre.

—Sí… Hola, Andrade. ¿Ocurre algo?

—¡Ocurre algo importante! Acaba de llegar un coche a la casita de Palmira Rosales, y tres hombres se están apeando… No. Cuatro. Van directos hacia la casa… Los estoy viendo desde los arbustos que escogimos como puesto de observación.

—¿Los conoces?

—Uno. Uno de ellos tiene una cara extraña… No. Es que tiene una cicatriz sobre la nariz y hacia el pómulo derecho… Jamás los había visto. Dime qué…

—Andrade… —masculló Peralta—. Sigue, te escucho… ¿Andrade? ¡Andrade, contesta! ¡¡Andrade!!

—No insista —murmuró Brigitte, adelantada en el asiento de atrás, muy cerca su cabeza de la de Simón—. Diríjase inmediatamente hacia la casita de esa Palmira Rosales… ¡A toda velocidad!

Capítulo II

Lo primero que vieron al llegar ante la casa de Palmira Rosales fue que la puerta estaba abierta. Y, en realidad, eso fue todo. Las otras casas estaban lo bastante alejadas, tan separadas unas de otras, que difícilmente nadie podría haber observado nada anormal, salvo que hubiera sido una auténtica batalla campal, o algo parecido. El sol caía como un lento manto de silencio dorado.

Brigitte salió rápidamente del coche, adelantándose a Peralta, y, con un solo vistazo hacia el jardín, no necesitó indicación alguna por parte del espía. Corrió hacia un grupo de arbustos, situado a un lado de la casa. Era tan frondoso que no se podía encontrar mejor observatorio natural, y muy discreto. Ni siquiera desde la misma casa podrían descubrir a una persona metida entre aquellos arbustos. Brigitte los apartó a toda prisa, y, de pronto, sus pies quedaron como clavados en la esponjosa tierra.

Simón apareció tras ella. Entre los dos, acabaron de apartar los arbustos, y ambos se arrodillaron junto al hombre que yacía de bruces, con dos manchas rojas en la espalda, destacando fuertemente en la blanca chaqueta. El hombre tenía la cabeza ladeada, de modo que se veía bastante bien su rostro, crispado, lívido.

—Andrade —tembló la voz de Peralta.

Baby puso dos deditos en una carótida de Andrade, y estuvo así unos segundos, hasta musitar:

—No está muerto… aún.

—Iré a la casa a ver si Palmira Ros…

—¡Olvide a esa mujer! ¡O está muerta, o se la han llevado! ¡Vaya al coche y traiga mi maletín! ¡De prisa!

Simón echó a correr hacia el coche. Cuando regresó con el maletín, la señorita Montfort había rasgado la chaqueta de Andrade, dejando al descubierto la espalda, en la que se veían los dos

agujeros de las balas, por uno de los cuales brotaba la sangre en tal abundancia que Andrade comenzaba a sumergirse, prácticamente, en un charco de su propia sangre. Brigitte abrió el maletín, sacó unas largas pinzas, las metió dentro de un frasco de perfume por un extremo, y rasgó con seco gesto el pequeño paquete de gasas esterilizadas.

—Hay que detener la hemorragia inmediatamente —musitó, con serenidad que maravilló a Simón—. Mientras tanto, vaya a la casa y llame por teléfono una ambulancia. No se ande con tonterías: diga que hay un hombre con dos balazos en la espalda, que se está muriendo, que precisa inmediatamente los cuidados de un médico. Adviértales que está en estos arbustos. ¿Qué está esperando?

Simón salió disparado hacia la casa. Regresó tres minutos después, cuando Brigitte, con las pinzas, estaba terminando de introducir gasas en el boquete que permitía la hemorragia. El otro boquete estaba también tapado con gasas, evitando así cualquier infección. Unas gotitas de sudor se deslizaban por la frente de la divina espía, pero sus ojos miraron con toda calma, por un instante, a Peralta.

—¿Qué dicen?

—Han salido ya, desde el centro de la ciudad.

—Magnífico… Ninguna bala ha tocado la columna vertebral, de modo que, si salva la vida, no quedará afectado en modo alguno. Pero comprendo muy bien que lo creyeran muerto… Jamás he visto suerte semejante.

—Quizá no quisieron rematarlo.

Brigitte le dirigió una velocísima mirada, y sonrió secamente.

—Quizá. ¿Estaba Palmira Rosales?

—No. Todo está en orden ahí dentro, pero ella no está.

—Se la han llevado… Creen que ella puede saber dónde está el correo diplomático Walter Buchanan, y va a pasar muy malos ratos si no se lo dice a esa gente…, en el supuesto de que lo sepa… Cosa que dudo. Esto ya está —lo recogió todo rápidamente y pasó una mano por la frente de Andrade, dulcemente—. Espero volverte a ver en mejores condiciones, Simón querido.

Peralta lanzó una exclamación. Pero Brigitte se había puesto ya en pie y corría hacia el coche. Peralta la siguió, se puso al volante, y se volvió, desencajado el rostro por la emoción.

—¡Usted es Baby! —exclamó.

—Vámonos de aquí…, pero no muy lejos. Quiero asegurarme de que llega esa ambulancia… a tiempo. Si tarda demasiado, tendré que volver, para colocar un nuevo tapón en la herida…

Simón Peralta desplazó el coche unas doscientas yardas, hasta que Brigitte le dijo que se detuviera. Quedaron bajo la sombra de unas palmeras que bordeaban la avenida.

—Pare el motor, y pase aquí atrás, Peralta —dijo Brigitte—. Nos dedicaremos a conversar como enamorados que se ocultan, mientras llega esa ambulancia. Les concedo diez minutos… o tendré que volver allá, para cambiar el tapón, pase lo que pase.

No hubo necesidad de ello. Apenas habían pasado nueve minutos cuando apareció la ambulancia… acompañada por un coche de la Policía. El personal médico se dirigió directamente hacia los arbustos, con dos hombres de paisano, uno de los cuales iba dando órdenes a diestro y siniestro, consecuencia de las cuales fue que otros hombres se dirigieran hacia la casa…

—¿Nos vamos ya? —murmuró Simón.

—No. Esperaremos un poco. Si nos fuésemos ahora, llamaríamos la atención.

—Lo que usted diga, Baby.

Brigitte le dirigió una amable mirada, y palmeó una mano de su compañero.

—Me concede mucho honor creyendo que soy Baby.

—Oh, vamos, sólo Baby haría…

—Olvidemos eso. Entiendo que está usted como chófer en la Embajada de Estados Unidos, Simón. ¿A las órdenes directas de Jefferson Makinley, supongo?

—Claro. Así lo arreglaron en Washington.

—¿Sospecha algo de esto nuestro embajador?

—Quizá sí. Al poco de llegar yo, pidió el traslado, como le he dicho.

—Imagino que Makinley recibió la noticia de que llegaría a Arvelia la señorita Montfort, periodista. ¿Le envió él a buscarme?

—Sí. Pero me dijo que seguramente llegaría cansada del viaje, y que si quería ir primero a descansar al hotel, la llevase allí. Claro que usted ha dicho ya que prefiere ir a la Embajada…

—He cambiado de opinión. Iré al hotel. Espero que me hayan

elegido uno bueno. Le diré lo que tiene que hacer, Simón: me llevará ahora al hotel, irá a decirle a Makinley que he llegado, y que le agradecería mucho que me recibiese en su domicilio privado, esta tarde, hacia las seis.

—De acuerdo. Pasaré a buscarla a las…

—No. Usted, no. Quiero que esté cerca de Makinley en todo momento. ¿Han tomado fotografías de la gente que le visita en la Embajada y en su domicilio?

Simón se dio una palmada en la frente.

—¡Tengo un sobre lleno de fotografías para usted, incluida la del correo diplomático desaparecido! —Lo sacó de un bolsillo interior, entregándoselo—. Si necesita comentarios sobre estos personajes…

—Por el momento, no. Supongo que en los dorsos de las fotografías están todos los datos que han reunido sobre estas personas.

—Sí, claro.

—¿Disponemos de más compañeros, aparte de Andrade?

—Hay dos más esperando instrucciones, mientras vigilan el apartamento que Walter Buchanan tiene en la Avenida del Presidente Robledo…

—Que abandonen esa vigilancia. Es innecesaria. Y quiero a esos dos hombres en el hospital o clínica adonde hayan llevado a Andrade. Armados, y con los ojos bien abiertos, cerca en todo momento de nuestro compañero. ¿Lo ha entendido?

—¿Cree que intentarán rematarlo?

—No lo sé. Pero en esta clase de dudas, siempre tomo la decisión más segura. Y otra cosa: tenga usted cuidado. No me sorprendería nada que alguno de los hombres que estuvieron en la casa de Palmira Rosales se hubiera quedado cerca, y ahora sepa a qué atenerse con respecto a usted.

—Sí… ¡Pero entonces también sabrán que usted…!

—Ojalá —sonrió fríamente Brigitte—. Sí, ojalá vengan a molestarme, Simón. Me gustaría tener una… entrevista con los caballeros que han disparado contra la espalda de Andrade. Él dijo que llegaban cuatro en el coche… Pero el quinto, seguramente, debió apearse antes, y llegó hasta Andrade por la espalda. No cabe duda de que sabían que él estaba aquí… Han actuando con gran cautela… y eficacia. Pero, de veras: me gustaría que se acercasen a

mí, sean cuales sean sus intenciones. Lléveme al hotel.

A las seis en punto, el chófer suplente de Simón Peralta pasó a recoger a la señorita Montfort al hotel La Corona, el mejor de toda Arvelia sin discusión alguna, y situado nada menos que en Carrera Marítima, la amplísima y bella avenida que cruza toda la ciudad, desde el interior hacia el mar.

El coche en que fue recogida la divina espía era el mismo que Peralta había utilizado aquella mañana, y, además, la presentación del hombre encargado de conducirlo entonces, fue convincente, precisamente por el poco énfasis que puso en notificar a la señorita Montfort que su compañero Peralta, que había sido encargado de recogerla, se había sentido de pronto indispuesto, por lo que tuvo que quedarse en la Embajada…

—Espero que no sea nada grave… ¿El señor embajador está todavía en la Embajada, entonces…?

—No, no… El señor embajador está en su residencia particular, señorita Montfort. Acabo de dejarlo allí, y he venido a buscarla a usted inmediatamente.

—Es de suponer que el señor embajador estará muy fatigado del trabajo de todo el día… Significa una gran amabilidad por su parte recibirme en horas fuera de su trabajo… Espero poder agradecérselo lo suficiente.

Cuando llegó a la residencia privada de Jefferson Makinley, eran apenas las seis y media. El embajador de Estados Unidos en Guaytina vivía en una hermosa villa próxima al mar en el distrito llamado Canal Atlántico. Era una magnífica zona aristocrática, en el sentido que lo entienden algunos descendientes de los españoles: grandes casas, con prados, rosaledas, setos… Un amplio canal pasaba por delante de cada una de las villas, trazando un camino acuático hacia el mar. Desde la explanada de recibo de la villa se veían otras villas, todas ellas con su pequeño embarcadero. En éstos, se veían lanchas, algunos balandros, pequeños yates, canoas… Las aguas del canal tenían un cierto tono gris, que se iba convirtiendo en azul a medida que se acercaban al Atlántico. Brigitte se sorprendió a sí misma pensando que aquel lugar tenía mucho parecido con Miami Beach y con el distrito de Hialeah de la propia ciudad de Miami.

Todavía estaban saliendo del coche cuando vio acercarse al

mismísimo embajador de los Estados Unidos en Guaytina, sonriendo, con ambas manos tendidas, en un gesto cordialísimo. Era un hombre alto, de gran frente despejada, inteligente, ojos claros, sonrisa abierta, dientes muy blancos… La definición más exacta sobre él sólo podía ser una: encantador. Tal como Brigitte había calculado al ver su foto, Jefferson Makinley no tenía ni siquiera cincuenta años.

—¡Señorita Montfort, es un placer recibirla! —exclamó Makinley, tomando las dos manitas de la espía—. Deseo que haya descansado lo suficiente, y que me perdone por no haberla ido a esperar en persona, pero, incluso en un pequeño país como éste, un embajador tiene…

—Por favor, señor Makinley —sonrió Baby—. Sé muy bien que nuestros embajadores suelen estar muy ocupados… Aunque sólo sea ordenando que sean borradas de las paredes esas expresiones de *yankee, go home*…

—¡No, no! —rió Makinley—. En Guaytina, somos bastante queridos. O, al menos, aceptados. No ha habido contratiempos diplomáticos hasta la fecha. ¿Piensa estar muchos días en Arvelia?

—¿Conoce usted a algún editor de periódicos, señor Makinley?

—Pues sí… Sí, claro —la pregunta había desconcertado visiblemente al embajador—. ¿Por qué pregunta eso?

—Si conoce a un editor de periódicos, sabrá, sin duda, que consideran que el tiempo es oro; sobre todo, el tiempo que conceden a sus enviados para realizar un trabajo. En mi caso concreto, tengo que visitar diversos países sudamericanos, entrevistando a todos los embajadores de Estados Unidos, a fin de conseguir una serie de artículos que reflejen la buena armonía existente entre Estados Unidos y sus amigos de Sudamérica… ¿Le parece tarea fácil?

—Me temo que no, señorita Montfort.

—¡Lo mismo pienso yo! Sin embargo, mi jefe del «Morning News» ha insistido en que quince días serán suficientes para eso… ¿Le parece posible?

—Realmente, no. A menos que sea usted una centella. Recibí la notificación de Washington respecto a usted, y, naturalmente, me tiene a sus órdenes. Bien entendido que he leído muchos artículos suyos en toda clase de periódicos, y que la considero muy

capacitada para esta labor de dar a conocer al pueblo norteamericano las peculiaridades de nuestras Embajadas en América del Sur. A decir verdad, aunque Washington no la hubiera recomendado, la habría atendido. El nombre de Brigitte Montfort, exclusivista del «Morning News», es bien conocido… Y es muy buena la idea de ofrecer de un modo sencillo y concreto la labor de nuestras embajadas en el continente Sur…

—Entienda usted, señor Makinley, que Washington me designó a mí para tan laboriosa empresa sin que yo lo hubiese pedido…

—¡Oh, no importa! ¡No podían haber escogido mejor periodista! Usted es una observadora aguda, de gran discernimiento político… De verdad: he leído muchos artículos suyos. Si lo que Washington quiere es que nuestros conciudadanos conozcan la labor de nuestras Embajadas en Sudamérica, no han podido enviar periodista más capacitada.

—Señor Makinley… Me está usted halagando tanto que…

—¡Tonterías! ¿Aceptaría usted un auténtico *whisky* de Kentucky, con hielo y soda?

Brigitte abrió mucho los ojos.

—¿De veras? —exclamó.

Jefferson Makinley volvió a reír, y tomó amablemente de un brazo a la más peligrosa espía del mundo. En verdad, era un hombre encantador, jovial, simpático, de carácter abierto… Una de esas personas que se ganan la confianza de cualquiera en menos de un minuto.

—¿Creía usted que estábamos en el último rincón del mundo? —protestó con alborozo—. ¡Ya verá que no es así! Vayamos hacia la terraza… No sólo le ofreceré ese *whisky*, sino que le presentaré a mi esposa. ¿Le han hablado de ella en Washington? ¡Etelvina es formidable!

Brigitte quedó con la boca abierta de puro asombro. ¿Etelvina? Ciertamente, no era un nombre inglés… Y todavía no había salido de su relativo asombro cuando algo la impresionó todavía muchísimo más: el hombre de la cicatriz en la cara. Una cicatriz que cruzaba toda su nariz, y que terminaba sobre el pómulo derecho… El hombre llevaba uniforme de chófer, y se veía su gorra sobre el capó del gran coche junto al cual, apoyado en el guardabarros delantero, estaba leyendo una revista. Un tipo alto, ancho de

hombros, de gesto adusto, cabellos muy negros y lacios… Había dejado de interesarse por la revista para mirarlos a ellos dos, pero, al saberse observado por Brigitte, regresó toda su atención a la lectura, apoyándose con más fuerza en el gran coche que estaba en un extremo del estacionamiento de la villa del embajador yanqui. Baby se recuperó rápidamente, y sus ojos, que por un instante se habían congelado, se volvieron dulcemente hacia Makinley.

—No dudo que su esposa sea formidable, señor Makinley… Pero, ciertamente, nada me habían dicho sobre ella. Supongo que quieren que yo lo vea todo bajo mi punto de vista… ¿Etelvina? No parece norteamericana, ¿verdad?

—¡No lo es! Es natural de este país. ¡Un maravilloso país! ¡Se la presentaré ahora mismo!

Brigitte sonrió cortésmente. Sin duda, Guaytina era un maravilloso país. Pero, entonces…, ¿por qué Jefferson Makinley había solicitado ser trasladado a Europa? Es absurdo querer marcharse de un lugar que consideramos maravilloso…

—Le agradezco el honor —sonrió.

La terraza estaba en la parte interior del gran jardín de la villa, y era como un mundo asombroso, increíble, lleno de flores y árboles de hojas abundantes… La primera impresión que producía era la de un oasis en pleno desierto. Había una gran fuente en el centro de la terraza, con un surtidor de fino chorro, que simulaba un angelito soplando hacia el cielo, como si quisiera alejar de allí las negras nubes de las tormentas; sus carrillos estaban hinchados, y el fino chorro de agua, brillante al sol, parecía un collar de gemas tornasoladas.

En seguida, Brigitte vio a la mujer. Estaba sentada en una mecedora de junco pintada de blanco. Junto a ella, ocupando una silla corriente, había un hombre bastante interesante, pero que quedaba poco menos que completamente eclipsado por la belleza y personalidad de la dama. Ella tenía los cabellos negrísimos; los ojos, también negros, muy grandes y brillantes, eran como dos puntos de luz en su blanca piel, de una finura asombrosa. Llevaba un vestido de tarde, muy corto, de color rojo claro, y su belleza destacaba igual que la primera estrella de la noche. Muy expertamente, Brigitte le calculó un máximo de treinta y dos años… Es decir, unos dieciséis o dieciocho menos que Jefferson Makinley. Era tan hermosa, tan

elegante, tan delicada y al mismo tiempo tan llena de vitalidad, que podía considerarse un ejemplar único. Jefferson Makinley, al casarse con ella, no sólo había robustecido sus relaciones diplomáticas con Guaytina, sino que, personalmente, había hecho una… «adquisición» magnífica.

—Querida, te presento a la señorita Montfort, enviada de Washington para el asunto periodístico de que te hablé —murmuró suavemente Makinley—. Mi esposa, señorita Montfort.

—Es un honor —musitó Brigitte.

—¿Cómo está, señorita Montfort? —se interesó amablemente Etelvina Quesada de Makinley—. Permítame presentarle al señor Carmelo Zumarray, un amigo personal muy querido.

Brigitte volvió la mirada hacia el interesante sujeto a que se refería la esposa del embajador. Lo había situado ya en su memoria, en aquellos pocos segundos. Era, en definitiva, uno de los personajes de los cuales tenía fotografías, facilitadas por Simón Peralta. Cierto: Carmelo Zumarray, natural de Arvelia, asiduo visitante del domicilio privado de los Makinley. Tenía unos treinta y ocho años, y, según la nota escrita tras su fotografía, era un rico propietario de una flota pesquera. Su domicilio privado estaba en… en… en…

—Parece que hoy es mi día de suerte —sonreía Carmelo Zumarray, tendiéndole la mano.

Brigitte colocó la suya entre aquellos dedos largos, fuertes, elegantes. Zumarray llevaba barba desde medio mentón, pero eso le daba aún mayor atractivo, como un adecuado complemento a sus largos cabellos ondulados, sus ojos color café, sus dientes blanquísimos. Era muy apuesto, y, ciertamente, a sus cuarenta años escasos formaba, con Etelvina Quesada de Makinley, una pareja mucho mejor que Jefferson Makinley. Vestía de blanco, y el abierto cuello de su camisa permitía ver el abundante vello de su pecho, la robustez fina y elegante de su cuello.

—No sé si le entiendo, señor —murmuró Brigitte, como azorada.

—Bien… Mis pesqueros han vuelto hoy llenos de pescado; el día es magnífico, qué duda cabe; estoy entre buenos amigos, en un lugar delicioso, tomando un perfecto refresco de piña… Y por si esto fuera poco, la conozco a usted… ¿Qué más puede pedir un hombre para considerarse afortunado?

—¿No quiere sentarse? —sonrió Etelvina Makinley—. Podrá escuchar más cómodamente las galanterías de Carmelo… Señorita Montfort, perdone la indiscreción: ¿qué es eso que lleva usted?

Brigitte alzó su maletín rojo con florecillas azules como sorprendida.

—Mi bolso.

—Ah… ¿Es moda ahora un bolso de esas dimensiones en Estados Unidos…?

—No, no… Ocurre que yo soy bastante particular en algunas cosas, señora Makinley. Siempre llevo muchas cosas, y me pareció más conveniente recurrir a un bolso lo suficientemente grande.

—Eso es lo que yo llamo pensar con coordinación y sensatez —aseguró Carmelo Zumarray—. Lo contrario será muy femenino, pero poco práctico.

—¿Está diciendo que yo no soy femenina, señor Zumarray?

Carmelo Zumarray quedó absolutamente atónito, antes de protestar, casi gritando:

—¡No! ¡Por Dios, no…! ¡Todo lo contrario! ¡Precisamente quería decir…!

—¡Oh! —Lanzó un gemidito Brigitte—. ¡Olvidé dejar un recado en el hotel! Y precisamente —miró su relojito— dentro de media hora es probable que mi editor me llame para saber si debe empezar a reservarse la página que convinimos para esta serie… Señor Makinley, ¿le importa que use su teléfono?

—Naturalmente que no —Makinley llamó con una seña al criado que esperaba a discreta distancia, el cual se acercó en el acto—. Juan, lleva a la señorita al teléfono de mi despacho, y facilítale la guía de Arvelia si no recuerda el número de su hotel… Hotel La Corona, me parece, según la reserva que se nos indicó desde Washington… La tienen a usted en mucha estima, señorita Montfort. Ve con ella, Juan.

—No es necesario —negó Brigitte—. Recuerdo bien el número del hotel, señor Makinley.

—Ah… De todos modos, Juan la llevará a mi despacho. Y para cuando la señorita regrese aquí, Juan, ya debe tener preparado un *whisky* de los míos… Tú me entiendes.

—Sí, señor —sonrió el criado—. Por aquí, señorita.

—Disculpen —suplicó Brigitte—, pero el asunto…

—Oh, lo comprendemos… Y tenemos mucho tiempo para charlar luego. Por supuesto, aceptará usted nuestra invitación a cenar.

—¡Cómo! —protestó Carmelo Zumarray—. ¡Yo pensaba que podría invitar esta noche a la señorita Montfort a conocer muy bien la vida nocturna de Arvelia…!

—Quizá en otra ocasión, señor Zumarray —rió Brigitte—. La obligación es siempre antes que la diversión. Perdonen… Vuelvo en seguida…

Se alejó en pos del criado. Entraron en la casa por la gran puerta-ventana del salón, que daba directamente a la terraza. Juan la llevó al despacho de Makinley, y, tras asegurarle Brigitte que no necesitaba sus servicios para comunicarse con el hotel La Corona, se fue.

Sin vacilar lo más mínimo, Brigitte marcó el número del hotel, y cuando le respondieron dejó el recado en el sentido de que si la llamaban de Nueva York, explicaran que ella llamaría al día siguiente antes del mediodía. Cuando colgó, todavía estaba mirando a su alrededor. Llevaba catorce años de experiencia como espía, ocho de los cuales había sido en pleno servicio directo, con misiones de su absoluta responsabilidad… Y así, con todo ese bagaje profesional, no tuvo la menor dificultad en localizar el lugar donde Jefferson Makinley tenía escondida su caja fuerte… A menos que se estuviera equivocando mucho. Pero, realmente, aquello era como una especie de regalo, ya que no había sido tal motivo el que la había llevado al teléfono. Su verdadero motivo estaba fuera de la casa.

Se acercó a la ventana del despacho, y, en un ángulo muy forzado, pudo ver desde allí el gran coche en el cual se apoyaba el hombre de la cicatriz en pleno rostro. Podía ser una coincidencia, desde luego, pero, precisamente, todos aquellos años de espionaje le habían enseñado, entre otras muchas cosas, que las coincidencias, prácticamente, no existen. Andrade había mencionado, antes de recibir dos balazos en la espalda, a un hombre de los que se acercaban a la casa de Palmira Rosales, diciendo que tenía una cicatriz sobre la nariz y hacia el pómulo derecho… Es decir, una cicatriz idéntica a la que tenía el hombre que esperaba, leyendo una revista, junto al coche… Como razonamiento elemental, aquel

coche debía pertenecer a Carmelo Zumarray, ya que no había más visitantes en la villa de Makinley. Sin embargo, bueno sería asegurarse de que no iba a perder la pista… hipotética, quizá, pero pista al fin. Y era la única de que disponía para localizar a los hombres que se habían llevado a Palmira Rosales, la novia del correo diplomático llamado Walter Buchanan.

En menos de quince segundos, tenía montado su fusil de tubo de aluminio que, para cualquier observador, eran los componentes de un trípode para cámara fotográfica. Luego, introdujo por la boca el pequeño dardo con punta de ventosa, que llevaba en la cola el diminuto emisor de señales. Se colocó a un lado de la ventana, la abrió poco más de dos pulgadas, y apuntó hacia el morro del coche, fijándose en el formidable parachoques, en el cual la vibración del pequeño golpe no sería notada. Pidiendo al cielo que no fuese precisamente aquélla la vez entre mil que fallaba un disparo tan comprometido, estuvo apuntando durante tres segundos. Se oyó un levísimo chasquido cuando apretó el disparador, y, unas veinticinco yardas más allá, el hombre de la cicatriz alzó la cabeza, de pronto, mostrando una expresión de desconcierto.

Brigitte se escondió rápidamente, sobresaltada. Era evidente que el hombre había notado algo en el coche… Pero cuando Baby volvió a mirar, el hombre de la cicatriz continuaba leyendo, tranquilamente. Con un suspiro, Brigitte desenroscó y guardó el fusil, sacando en seguida la pequeña radio de bolsillo, que accionó.

—¿Simón?

—Baby… ¿Ocurre algo? La he visto llegar a…

—Todo va bien. Me dijeron que estaba indispuesto.

—Oh, sí —se oyó la tenue risa de Simón—. Pero me sentí mejor en seguida, y salí… a dar una vuelta.

—Magnifico —sonrió la espía—. Supongo que está vigilando la villa de Makinley.

—Claro. La he visto llegar, incluso. Y hay una cosa muy importante que debe usted saber: el hombre de la cicatriz que Andrade mencionó antes de…

—Lo tengo al alcance de mi vista. Deduzco que es el chófer de Carmelo Zumarray. ¿Correcto?

—¡Correcto! ¡Y eso significa…!

—Tranquilícese. Sé muy bien lo que parece que significa. Voy a

cenar con los Makinley, y luego haré una visita muy discreta al señor Zumarray.

—De acuerdo. Estaré esperándola para acompañarla.

—No, no. Ya sé que conozco muy poco de Arvelia, pero tengo mis propios medios para llegar hasta el domicilio de Zumarray. Usted se quedará donde está ahora, vigilando a Makinley. ¿Sabemos algo más de Andrade?

—Sigue como a las cinco menos cuarto, supongo, que fue cuando llamé por última vez a nuestros compañeros que están merodeando su habitación del hospital. Está mal, pero ya ha sido operado, y los médicos aseguran que no va a morir… Bueno, ya le dije esto antes…

—Las buenas noticias pueden ser repetidas, Simón. Hasta la vista.

—Adiós.

Cerró la radio, la guardó y salió del despacho de Jefferson Makinley, tras dirigir una última mirada al hombre de la cicatriz, y, luego, adonde suponía que estaba la caja fuerte del embajador. Lástima que no tuviese tiempo para dedicarse a abrirla…

Cuando regresó junto a los Makinley y Zumarray, éste reía divertidísimo, coreado por Etelvina. Makinley se apresuró a ponerse en pie, forzando una sonrisa.

—¿Pudo arreglar sus asuntos? —se interesó amablemente.

—Espero que sí. Dejé recado en el hotel para que si me llaman desde Estados Unidos, sepan que deben esperar a mañana, que llamaré yo al periódico. Ah… Este debe ser mi auténtico *whisky* de Kentucky… Parece usted una persona muy alegre, señor Zumarray.

—La vida hay que tomarla siempre por el lado bueno —aseguró muy convencido Carmelo.

—Absolutamente de acuerdo en eso. ¿Vamos a contar con su divertida compañía durante la cena?

Hubo un brevísimo instante de silencio, hasta que Etelvina explicó:

—Se lo estaba rogando, pero Carmelo no puede quedarse hoy.

—Lo cual lamento profundamente —dijo Zumarray—. Pero suelo venir con frecuencia, señorita Montfort. Espero que podamos vernos en diversas ocasiones.

—Pues… mucho me temo que eso será difícil, ya que

escasamente dispongo de dos días para Arvelia. Mañana, cuando hable con mi jefe, intentaré convencerle de que quince días son pocos para la labor que me ha encargado.

—¡Magnífico! Sería grato para mí enseñarle la ciudad, mis pesqueros, mi acuario, mi casa…

—¿Tiene usted un acuario? Supongo que muy grande…

—¡Enorme! Le gustaría verlo, se lo aseguro. Bien —miró su reloj de pulsera—. Tengo que marcharme ya. En realidad, ha sido una visita relámpago, aprovechando que pasaba por aquí… Señorita Montfort, estoy encantado de haberla conocido. Espero que podamos vernos de nuevo.

Brigitte aceptó la mano de Carmelo Zumarray, sonriendo encantadoramente.

—Haré todo lo posible por que así sea, señor Zumarray.

Capítulo III

Poco antes de las diez de la noche, el mismo chófer que la había pasado a recoger al hotel, la devolvió allí. La velada, tan temprana, había sido muy grata, pero, cuando ella decidió marcharse, Jefferson Makinley se hizo cargo inmediatamente, comprendiendo que la señorita Montfort no sólo debía estar cansada todavía, sino que tenía muchas notas que ordenar y mucho trabajo por hacer.

Desde su *suite*, Brigitte pidió que le alquilasen un auto, y, mientras esperaba, repasó su maletín, y colocó dentro su atuendo de una sola pieza de malla negra. Repasó la pistolita, sus… «utensilios de belleza», y hasta tuvo tiempo de escribir buena parte del primer artículo, en su pequeña máquina portátil. A las diez y media, la avisaron desde la conserjería de que habían conseguido el coche que deseaba.

Y a las diez y media y dos minutos, la agente Baby se alejaba del hotel La Corona, al volante del pequeño coche deportivo de color azul… Es decir, prácticamente negro, en horas nocturnas. Había repasado las fotografías que le entregara Simón, asegurándose de la dirección del domicilio de Carmelo Zumarray, que vivía en el distrito llamado Puerto de los Reyes; estaba formado por bonitas villas, todas ellas al borde del mar, extendiéndose hacia el Norte. Una hermosa autopista pasaba por delante de aquella estrecha franja de terreno playero urbanizado. Hacia el Sur, cerca de la primera de esas residencias, quedaba el puerto, atestado especialmente de grandes pesqueros.

Apenas en aquella zona, Baby había puesto en marcha su receptor de señales con indicador. Podía encontrar de todos modos el domicilio de Zumarray, puesto que conocía la dirección, pero no tenía por qué perder tiempo ni complicar las cosas en una ciudad que desconocía. El aparato comenzó en seguida a lanzar su monótono «tit-tit-tit» de contacto, mientras la aguja señalaba hacia

el Norte. En realidad, era fácil encontrar la casa de Zumarray en aquella urbanización paralela a la playa, y Brigitte sonrió cuando, al pasar ante una de las casas, la aguja señalaba directamente allí, y luego, al rebasarla, fue señalando hacia atrás…

Detuvo el cochecito unas trescientas yardas más allá, fuera de la autopista, y regresó a pie, con su maletín. Pasó a la parte del arbolado, y, en el acto, quedó convertida en la sigilosa pantera siempre alerta y dispuesta a todo.

Ni siquiera diez minutos más tarde, estaba ante la villa de Carmelo Zumarray, que se hallaba a muy poca distancia de la playa. Podía ver el mar desde allí. El jardín era muy grande, con muchos árboles de grandes hojas, setos, arbustos de flores… Había que cruzarlo completamente para llegar a la casa, en la cual se veía luz, en dos ventanas de la planta baja. Delante de la casa, el coche de Zumarray… ¿Quizá pensaba salir otra vez aquella noche?

Sin prisas, la espía internacional fue examinando el terreno, poco menos que palmo a palmo. Había un pequeño embarcadero en la playa, hecho con madera; parecía un simple trampolín para saltos de esquiadores acuáticos. Una lancha, un pesquero mediano… Más a la izquierda, había un edificio grande, pintado de blanco, con grandes ventanales, por los que brotaba una tenue luz azulada. Parecía estar dentro de los límites del jardín de Zumarray. ¿Qué debía tener allí? Por supuesto, nada referente a su negocio de pesca, ya que aquél era su domicilio privado. Debía tener oficinas y almacenes en el puerto, no allí…

Era una zona tranquila aquélla, desde luego. Detrás, lejos, se veían las luces de Arvelia. A espaldas de Brigitte, la autopista, a distancia suficiente para que no molestase el paso de los vehículos, que, por otra parte, no eran muchos.

Durante diez minutos, inmóvil, Baby estuvo allí, mirándolo todo, tendiendo su finísimo oído hacia todo. Por fin, se quitó el vestido y se puso la malla negra. Era muy posible que en aquella casa estuviese Palmira Rosales… y quizá Walter Buchanan. Sin embargo, aunque sabía que tenía una suerte fabulosa, la espía quería ir con mucho cuidado. Había que aceptar siempre la posibilidad de una coincidencia, aunque no creyese en ellas. Y si el hombre de la cicatriz no había tenido nada que ver con el rapto de Palmira Rosales, era mejor no comprometerse.

Ya con su negra indumentaria, la espía se deslizó, con veloces desplazamientos, hacia la casa, pasando de un arbusto a otro. Cada vez oía con más fuerza, más claramente, el rumor del mar, que tanto le gustaba.

Estaba llegando a uno de los arbustos cuando algo cambió en el decorado. De momento no supo qué era, pero lo comprendió en seguida: se había apagado aquella tenue luz azulada del gran edificio blanco y chato. Eso significaba que allí dentro había alguien, y que iba a salir. Se metió entre los arbustos inmediatamente, y quedó inmóvil. Esperaría a que apareciese aquel hombre. Seguramente, entraría en la casa de Zumarray, y ella podría seguir investigando la posible…

De pronto, notó aquel revelador escalofrío en la espalda. Algo no iba bien. Para ella, el peligro casi tenía un aroma especial, era como si de verdad pudiese olerlo. Y en aquel momento sabía que estaba en un gran peligro. Rígida por esta sensación, comenzó a volver la cabeza…

Y una cosa dura, fría, se apoyó en su nuca.

—No se mueva —oyó la ronca voz de un hombre tras ella, en español.

Un fino sudor frío brotó de pronto en la frente de la divina espía.

—Espere —jadeó—. Espere, se está equivocando. Los dos estamos en el mismo…

—Cállese —la pistola apretó más su nuca—. ¡Cállese o…!

La pistola se había movido, había desplazado un instante la cabeza de Baby. Fenomenal error… por parte del hombre: Brigitte acabó de apartar la cabeza, bajándola como si quisiera meterla bajo su brazo derecho, que se desplazó fuertemente hacia atrás, desviando el del hombre y rodeándolo en seguida en una presa de inmovilización. El hombre lanzó una exclamación, y todo lo que se le ocurrió fue dar un tirón, intentando soltarse… Al mismo tiempo, la mano izquierda de Brigitte, soltando el maletín, salía disparada hacia el cuello del desconocido, de canto. Fue un golpe seco, en plena carótida, que fulminó al hombre instantáneamente. Quedó como colgando del brazo de Brigitte, que estaba arrodillada ahora. Lo depositó en el suelo, y lo primero que hizo fue quitar la pistola de los crispados dedos. La luna se reflejaba en el mar, y pasaba en

finísimas rayas plateadas por entre las ramas de los arbustos…

Pero otra luz apareció inesperadamente, desde donde estaba el gran edificio chato y blanco. La luz de una linterna, desplazándose rápidamente por los arbustos cercanos. Pocos segundos después, la amarillenta luminosidad se filtraba por los arbustos entre los cuales estaban Brigitte y el desvanecido desconocido. Sin vacilar un instante, abandonando su maletín allí, y con la pistola del hombre en la mano, Brigitte se deslizaba por el suelo, saliendo de los arbustos. Quedó tendida de bruces junto a ellos, mirando hacia el blanco y chato edificio. Desde allí, la luz de la linterna se acercaba rápidamente, fija ahora en los arbustos, que todavía se movían un poco.

El hombre que manejaba la linterna con la mano izquierda llegó en seguida a los arbustos, mientras Brigitte se desplazaba, interponiéndolos entre ella y la luz. En uno de los movimientos de ésta, pudo ver la forma de la pistola en la diestra del recién llegado, que la utilizaba para apartar las ramas… Por fin, la luz dio de lleno en el desvanecido enemigo de la espía, que yacía boca abajo. El tipo de la linterna lanzó una exclamación ahogada, se incorporó, apartándose del arbusto, y se volvió hacia la casa, abriendo la boca… Iba a gritar, iba a llamar a alguien…

Y justo mientras estaba abriendo la boca, notó aquel movimiento a su derecha, por detrás. Con el grito en los labios ya, el hombre pudo ver aquella forma negra que saltaba hacia él.

¡Clock!

Recibió el tremendo golpetazo dado con la pistola, sobre la oreja derecha, y salió disparado de lado, cayó como muerto, dio un par de vueltas por el suelo, y quedó inmóvil, de cara a la luna y las estrellas. Lo primero que hizo Brigitte fue apagar la linterna, que estaba en el suelo, apuntando hacia la casa. La tiró hacia los arbustos, asió un pie del hombre, y lo arrastró hacia allí, metiéndolo hasta dejarlo tendido junto al primero. El pecho de la espía subía y bajaba rápidamente, pero no era audible su jadeo ni siquiera a una yarda. Se pasó una mano por la frente, ligeramente humedecida, y suspiró profundamente, siempre en silencio, conteniendo cualquier sonido.

Tanteó hasta encontrar su maletín, lo abrió y sacó la pequeña linterna, cuya luz dirigió al segundo de sus enemigos. No le conocía.

Tenía el lado derecho de la cabeza llena de sangre, que manchaba ahora su rostro, pero estaba segura de no conocerlo. Jamás lo había visto. Llevó la luz en seguida al rostro del que le había clavado la pistola en la nuca, y estuvo a punto de lanzar una exclamación: era Walter Buchanan, el desaparecido correo diplomático.

Sin apagar la linterna, volvió nerviosamente la cabeza hacia la casa. Parecía que todo seguía igual allí… Sacó de su maletín el frasquito de sales especiales que siempre le había dado tan buenos resultados, y lo aplicó a la nariz de Buchanan, que se agitó inmediatamente. Sin vacilar, Baby dejó caer un par de gotas en uno de los orificios nasales de Buchanan, el cual se estremeció, lanzó un gemido y quiso incorporarse a toda prisa. Brigitte lo retuvo en el suelo, dejándose caer con todo su peso en el antebrazo, que se apoyó en la garganta del correo diplomático.

—Quieto, Buchanan… —susurró—. Soy amiga. No se mueva, sin embargo, o todo puede acabar mal. ¿Está claro?

Walter Buchanan no respondió. No podía hacerlo, realmente… Brigitte se incorporó un poco, guardó el frasco de sales, y sacó su pistolita, siempre dirigiendo la luz de su pequeña linterna a los ojos de Buchanan, que se vio obligado a mantenerlos cerrados. Apartó la luz de ellos, por fin, dirigiéndola hacia el suelo.

—Le estoy apuntando al corazón, Buchanan… Y le aseguro que soy mucho más eficiente que usted, con una pistola en la mano. ¿Qué hace usted aquí? ¿Dónde ha estado escondido?

—¿Quién es usted?

—Baby, de la CIA.

Walter Buchanan lanzó una incontenible exclamación de alegría, tan sincera y espontánea que Brigitte no tuvo la menor duda respecto a la buena noticia que significaba para el correo diplomático su personalidad.

—¡La han enviado! —exclamó Buchanan—. ¡Ahora sí que…!

—Ssst. Baje la voz. ¿Está loco? Dígame: ¿por qué se alegra tanto de verme?

—La valija… ¡Se la entregaré! ¡Quiero que sea usted quien la lleve a Washington, y que…!

—Está bien, cálmese. ¿Conoce a este hombre?

Dirigió la luz hacia el rostro ensangrentado del otro, sólo un instante.

—No… Sé que es uno de los hombres de Carmelo Zumarray, eso es todo. Salió hace un rato y fue al acuario. Me escondí aquí, y como sabía que tendría que volver, decidí esperar que lo hiciera, para acercarme a la casa…

—Entiendo. Pero ahora, será mejor que nos alejemos…

—¡No! ¡Márchese usted! Vaya a buscar la valija y déjeme con mis asuntos, si no quiere ayudarme…

—¿Dónde está esa valija?

—En una casa del puerto… Calle Fragata, catorce, en la azotea. Hay un montón de cascotes y ladrillos y tejas rotas en un rincón de la azotea… Escondí la valija debajo de todo eso.

—Bien. ¿Por qué confía tan fácilmente en mí, Buchanan?

—Usted… ha dicho que es Baby… He oído tanto…

—De acuerdo… —suspiró Brigitte—. Pero podía haberlo engañado, Buchanan. Por suerte para todos nosotros, no es así. Ahora, vamos a buscar esa valija los dos, y me explicará…

—Escuche, todo es muy simple: la última vez que estuve en casa del embajador, había algunos invitados, entre ellos Carmelo Zumarray. Estuvimos charlando un poco y, por un comentario inocente que él hizo, comprendí, sobresaltado, que él conocía el contenido de la valija que yo había transportado la última vez. Si todo hubiera estado normal, ni siquiera habría reparado en lo que dijo, pero sabíamos ya que nuestros secretos diplomáticos y de inteligencia se estaban filtrando hacia otros servicios secretos, así que me puse alerta. Avisé a Washington particularmente, sin utilizar las facilidades diplomáticas, y me dijeron que continuase realizando mi labor, que ellos se encargarían del resto. Mientras tanto, fui enviado a Buenos aires, a llevar valija diplomática rutinaria, y allá me entregaron otra valija que también se suponía era rutinaria. Sin embargo, durante el vuelo hacia Arvelia, decidí abrir la valija y asegurarme de que aquellos documentos eran inocuos. No lo eran. Forman parte del informe mensual global de la CIA en Sudamérica. Eran los últimos, la última pieza del rompecabezas para tener toda esa información mensual, y me dije que esta vez, Zumarray no los tendría… De modo que, cuando tomé tierra en La Marina, decidí desaparecer, esperando el momento, la ocasión de enviar directamente a Washington esa valija.

—En cierto modo, Buchanan, eso ha estado bien —admitió

Brigitte—. Pero entiendo que ustedes, los correos diplomáticos, no están autorizados a abrir las valijas… Ni siquiera a quitarse las esposas que unen la valija a una de sus muñecas.

—¡Pues yo lo hice! ¡Y no me arrepiento de ello! Ahora, si realmente es usted Baby, vaya a recoger la valija donde le he dicho, y sé que la dejará en buenas manos. Yo seguiré con lo mío… ¿Dónde está mi pistola?

—En el suelo, cerca de su mano… y manchada de sangre. ¿Qué pretende hacer?

—Llamé esta tarde, por fin, a Palmira. Palmira Rosales es…

—Lo sé. Se la llevaron.

—Me contestó la Policía cuando la llamé por teléfono, y comprendí la verdad: Zumarray quiere esa valija, y como el único modo de encontrarla es encontrarme a mí, decidió apoderarse de Palmira, para que ella le dijese dónde estoy yo.

—¿Y lo sabe ella?

—No.

—Espléndido. Yo también tengo motivos para sospechar que su novia está en poder de Zumarray, pero ahora tenemos que irnos. Sólo quería la seguridad de que Palmira Rosales está prisionera de Zumarray… Y si usted lo asegura…

—¿Quién otro ha podido llevársela? Le diré lo que quiere Carmelo Zumarray: que la valija vaya a parar a sus manos, o a las de Jefferson Makinley, para que éste pueda fotografiar todas las valijas antes de enviarlas a Washington, y le entregue esas fotografías. Y como yo he desaparecido, recurre a Palmira para obligarla a decir dónde puedo estar… Usted encárguese de la valija y yo de Zumarray… Lamentará haber molestado a Palmira, se lo juro.

—Señor Buchanan… —sonrió Brigitte—. Usted, ciertamente, es un correo diplomático con muchas agallas y un pésimo genio. Pero le aseguro que eso no es suficiente para resolver cuestiones como la presente. Acepte mi sugerencia: vámonos de aquí, y yo arreglaré… ¡Sst!

Brigitte apagó inmediatamente la linterna y se encogió. Al mismo tiempo, un gran recuadro de luz aparecía en la puerta de la casa, recién abierta, deslizándose por el jardín, por fortuna bastante alejada de ellos.

—¡Rogelio! —Se oyó la voz de un hombre—. ¿Vienes o no vienes? ¡Rogelio!

—Vámonos… —musitó Brigitte—. ¡Todavía estamos a tiempo!

—¡Yo voy a…!

—¡No sea estúpido! ¿Qué pretende? ¿Que maten a su novia? ¡Vámonos de aquí ahora mismo! ¡Yo le arreglaré su asunto, Buchanan! ¡Corra! ¡Tengo un coche a la derecha de la autopista, a trescientas yardas de aquí, o poco más, hacia el Norte!

—¿Qué pasa, Cristóbal? —Se oyó otra voz.

Otro hombre apareció en la puerta de la casa. La voz del llamado Cristóbal llegó claramente hasta los arbustos:

—Rogelio apagó hace rato la luz del acuario, pero no ha venido… Algo está pasando. ¡Rogelio!

—Vámonos… —susurró Brigitte—. ¡Ahora! Sígame.

Se deslizó hacia el otro lado de los arbustos, tirando de la ropa de Buchanan. En la puerta de la casa se oían más voces, hasta que la del propio Carmelo Zumarray zanjó la cuestión:

—Dejad ya de gritar. Id al acuario a buscarle… ¡A ver si se ha caído en la pecera!

Se oyeron algunas risas y dos hombres se destacaron, en obvia dirección al blanco y chato edificio…, es decir en la dirección que Brigitte había tomado, para rodear la casa y salir del jardín, hacia la avenida interior de la urbanización de Puerto de los Reyes. Inmediatamente, con un simple quiebro de cintura, cambió la dirección de su marcha, hacia la playa, único camino libre; parecía, más que nunca, una negra pantera velocísima… Pero Walter Buchanan, más rollizo, pesado, y en absoluto acostumbrado a aquellas situaciones, continuó corriendo, como a ciegas, resoplando, hacia el primer punto elegido…

—¡Buchanan! —llamó crispadamente Brigitte—. ¡A la playa!

El correo diplomático quiso volverse sobre la marcha, quiso desviar esta marcha al mismo tiempo, quiso encontrar aquella sombra negra que hasta entonces había estado corriendo hacia él… Estaba completamente desorientado, desconcertado, y, de pronto, terriblemente asustado. Y tan torpe que, en lugar de conseguir una sola de las cosas que se había propuesto, tropezó, salió volando casi dos yardas, y cayó de bruces sobre un arbusto de flores.

—¡Florián, hay alguien por el jardín! —Se oyó la voz de

Cristóbal.

Brigitte se había vuelto al oír la poco menos que estrepitosa caída de Buchanan. Alzó la mano armada con la pistolita, apuntando a los dos hombres que llegaban, pero, detrás, vio a otros dos, corriendo hacia allí, gritando. Entonces, Buchanan hizo lo peor que podía habérsele ocurrido. En lugar de cambiar de dirección definitivamente, aún a costa de alejarse de Baby, quiso correr a reunirse con ésta…, cruzando una parte de terreno completamente desprovista de arbustos y árboles mayores. Su rechoncha, maciza silueta, quedó perfectamente visible para Florián y Cristóbal, que alzaron a la vez las manos, con las pistolas…

Plop… Plop…

Walter Buchanan lanzó un alarido, efectuó un grotesco salto en el aire, cayó de espaldas, rodó, se puso en pie y continuó corriendo, cojeando, hacia donde estaba Brigitte, cobijada entre unos arbustos, preguntándose qué pensaría ella de sí misma, más adelante, si escapaba dejando a Buchanan en aquella situación…, que era la que se merecía con todos los honores, a fin de cuentas.

Buchanan volvió a tropezar y a caer. Había perdido la pistola en la primera caída, de modo que sólo le quedaba ya el recurso de continuar corriendo. Se puso de nuevo en pie, pero su pierna derecha, con una bala en el muslo, volvió a fallarle, y cayó de rodillas, quedando poco menos que ante la espía.

—¡Váyase! —jadeó el correo diplomático—. ¡Nos matarán a los dos si se queda! ¡Corra! No la mencionaré, pero voy a entregarme… ¡No se olvide de nosotros! ¡Ni de la valija!

Brigitte estaba mirando hacia los cuatro hombres que llegaban corriendo. De pronto, dio la vuelta desapareciendo entre los arbustos; apareció por el otro lado y echó a correr hacia la playa. En seguida, sus pies se hundieron en la arena, dificultando su marcha, pero estaba ya tan cerca del mar… Sin vacilar, y tras guardar sobre la marcha su pistolita en el maletín, saltó al agua, desapareciendo inmediatamente. Cuando regresó a la superficie para respirar, un par de linternas estaban lanzando su luz hacia la playa, pero muy brevemente. Por detrás de esas luces, una voz de hombre llegó hasta la espía, con sorprendente nitidez:

—¡Es Buchanan, el correo…! ¡Venid aquí, no habrá nadie en la playa!

Brigitte volvió a sumergirse. Al reaparecer por segunda vez, todavía más mar adentro, ya no había luces en la playa. Lo sentía por el pobre Buchanan, pero, ciertamente, habría sido una locura en todos los sentidos plantar cara a aquellos hombres. Había muchas cosas pendientes para jugarse la vida en un absurdo tiroteo.

Veinte minutos más tarde, en una playa solitaria, sin riesgo de ser vista por nadie, la agente Baby abandonaba el mar. No se sentía en absoluto cansada, de modo que fue directamente hacia la línea de palmeras. Abrió el cierre hermético del maletín que, desde siempre llevaba un forro interior impermeable, y sacó su vestido, sus zapatos… Luego, se quitó la negra malla, que escurrió cuidadosamente, hasta que, prácticamente, quedó seca; hizo lo mismo con los sujetadores y los pantaloncitos, quedando completamente desnuda. Decidió no ponerse las prendas interiores, pues habían quedado un poco húmedas, y no quería ir por ahí con el vestido mojado. Durante un par de minutos estuvo realizando unos suaves ejercicios para recuperar su normal ritmo respiratorio y, al mismo tiempo, se iba secando su piel… Comenzó a sentir frío y se dijo que era suficiente.

Se puso el vestido y los zapatos, recogió su maletín y se alejó de la playa, hacia la autopista.

Quince minutos más tarde entraba en su cochecito. Lo puso en marcha, dio la vuelta y emprendió el regreso hacia Arvelia. Por poco listo que fuese, Buchanan sabría arreglárselas para evitar que le mataran. Desde luego, había demostrado ser muy poco hábil en situaciones que requerían acción, pero había que conservar la esperanza de que supiera dominar su mal genio, su ofuscación por el rapto de su novia y que no perdiera la calma y la inteligencia.

Mientras tanto, ella, la agente Baby, tenía una misión por delante, que en definitiva era una faceta más de su profesión de espía: la habían convertido en correo diplomático.

Capítulo IV

Otro golpe más, en plena boca, llevó hacia atrás la cabeza del correo diplomático Walter Buchanan. Tenía la cara completamente llena de sangre de los muchos golpes que ya había recibido en pocos minutos, y si algo había seguro en este cruel mundo era que Carmelo Zumarray no se iba a cansar de golpearle. Lo haría mil veces más, un millón de veces más… Las que fuesen necesarias, hasta que él contestase a su pregunta:

—La valija, Buchanan: ¿dónde está? —preguntó Zumarray una vez más.

Walter Buchanan tuvo la impresión de que «recuperaba» su cabeza cuando ésta volvió hacia adelante, a su sitio normal. Quiso hablar, pero todo lo que pudo hacer fue escupir una bocanada de sangre de sus partidos labios.

—Déjemelo a mí, don Carmelo —dijo Cristóbal. El correo diplomático lo veía todo como sumergido en una nube negra. Se sentía tan mal, que notaba poco menos que vuelto al revés su estómago. Sabía que estaba a punto de vomitar… Toda su cara, su cuello, su pecho, sus ropas, estaban salpicadas de su propia sangre. La cabeza le daba continuas vueltas. De un modo en verdad cómico, pensó que su cabeza era una judía cociéndose en una enorme olla de vapor negro… Y de pronto, inevitablemente, comenzó a vomitar. Fue una expulsión violenta, brutal, atroz… Como muy lejano, oyó el grito de Palmira y sus ojos fueron hacia la muchacha… Todo lo que pudo ver fue una mancha clara, sentada en la silla cercana a la que ocupaba él, atado de pies y manos. Paradójicamente, lo que menos le dolía era la herida de bala que tenía en la pierna…

—Palmira… —jadeó—. No tengas miedo, Palmira… No te harán nada… Nos sacarán de aquí…

Tenía en la boca un gusto agrio, repugnante, ácido. Una mano fortísima asió sus cabellos, levantándole la cabeza.

—Déjemelo, don Carmelo… —Oyó la misma voz de antes—. Puedo hacerle decir cualquier cosa en menos de medio minuto.

—Espera… Espera, Cristóbal. Tengo una idea mucho mejor… Traed un cubo de agua. Quiero que Buchanan esté bien despejado, para que no le quepan dudas sobre lo que va a ver… Traed el agua.

Siempre por entre aquella nube negra, Buchanan vio a uno de los hombres de Zumarray caminando hacia la escalera. Una escalera de peldaños de madera, que comunicaba aquel sótano con una de las habitaciones de la casa de Zumarray. Sentía frío, asco, repugnancia por todo y de todo.

Estaba tan mal, que la muerte le parecía una dorada promesa llena de paz. En menos de diez minutos, había sufrido más que en toda su vida. Incluso más que aquella vez que, después de caerse de un manzano de la huerta de Ross Tamberlain, llegó éste, vara en mano, y cuando iba a golpearle, furioso, exclamó: «¡Muchacho…! ¡Pero si te has roto una pierna!». Ross Tamberlain, cuyo mal genio… y ricas manzanas eran conocidas por todos, no le había golpeado. Había llamado una ambulancia, lo habían llevado a…

—Aquí está el agua, don Carmelo.

—Tírasela.

Lanzó un grito cuando el frío líquido pareció a punto de ahogarlo. Pero fue un instante solamente. Luego, de pronto, sorprendentemente, se encontró mejor… Mucho mejor. La nube negra desapareció. Pero no supo si esto era bueno o malo. Vio perfectamente a Palmira, tan bonita y delicada, con aquellos grandes, hermosos, luminosos ojos color café fijos en él… Sí, estaba atada. Y él también. Estaban atados a sendas sillas…

—Buchanan, no vamos a pegarle más —oyó la voz de Zumarray —. Usted es… gordito, blando, todo lo contrario de un atleta, pero está demostrando que tiene muchas agallas. Es un… burócrata, pero tiene bien puestos los… zapatos. Ahora, escuche: si antes de diez segundos no ha contestado a mi pregunta, le damos a su novia… No sé si me ha oído bien, Buchanan. Concéntrese. Si antes de un minuto…

—¡No! —chilló el correo diplomático—. ¡No, por Dios!

—Cristóbal —dijo Zumarray—: la chica. Tú sabes cómo hacerlo… A tu comodidad.

—¡Con gusto, don Carmelo!

—No… —jadeó Buchanan—. ¡No, no, no no…! ¡Lo diré…! ¡Se lo voy a decir todo!

—Me parece que sólo quiere engañarnos, Buchanan. Adelante, Cristóbal.

—¡NOOOO…! —aulló Buchanan—. ¡No le voy a mentir, le diré la verdad, se lo diré todo…!

Estaba mirando a Palmira, que lloraba con una fuerza tremenda, con un desconsuelo y un terror que podían hacer vibrar a una piedra. Estaba al borde del colapso, de puro miedo y espanto. Seguramente, la pobre muchacha jamás había imaginado que ser la novia de un correo diplomático pudiera depararle una situación como aquella.

—Bueno… Realmente, Buchanan, el ojo de su novia no va a servirme de nada. Pero, en cambio, sí me servirá esa valija… ¿Dónde la tiene?

—En el puerto… Calle Fragata, número catorce… Es… una vieja casa de pescadores… La valija está en la azotea, debajo… debajo de un montón de ladrillos y tejas…

—Demasiado fácil. Invente otra mentira mejor, Buchanan.

—¡Le estoy diciendo la verdad!

—Yo creo que no.

—¡Se lo juro! Zumarray, amo a Palmira… ¡La quiero con toda mi alma! Ya sé que no va a dejarnos salir vivos de aquí, pero no… no la mutile… ¡Sólo le pido eso! ¡Le juro por Dios…!

—Muy bien, Buchanan. Voy a creerle, pero será mejor que no me haya mentido. Sixto, Florián, id a por esa valija ahora mismo.

—Sí, don Carmelo… ¿Llevamos su coche?

—Claro. No perdáis tiempo en sutilezas ni en merodeos. Id a esa dirección, recoged la valija y traedla. Eso es todo.

—De acuerdo.

—¿Qué hacemos con éstos? —preguntó Cristóbal.

—Matadlos a los dos y llevadlos al mar. A la Fosa Negra… No los encontrarán ni cuando llegue el final del mundo. Encárgate tú de eso, Rogelio: eres el que más disfrutas.

Rogelio, con la cabeza vendada y todavía convencido de que quien le había propinado tan brutal golpe en la cabeza había sido Buchanan, se adelantó, sonriendo como una hiena ante los despojos de una manada de elefantes. El gran festín, simplemente. Un

banquetazo.

—Con gusto, don Carmelo. Iremos…

Se calló, porque la sorpresa siempre es motivo de paralización de las funciones mentales. Atónito, como los demás, se quedó mirando a Walter Buchanan, que estaba riendo. Parecía una vieja sierra intentando cortar una piedra, pero reía. Indudablemente, reía… La sangre era escupida por sus partidos labios, en pequeños coágulos… Pero reía.

—Este tipo se ha vuelto loco —masculló.

—¡Mátenme! —continuó riendo Buchanan—. ¡Ya veremos quién les explica la nueva clave!

—¿Qué nueva clave? —deslizó suavemente Zumarray.

—¡La mía!

—¡Está loco! —barbotó Rogelio—. ¡Déjeme que…!

—Espera… Espera, Rogelio. Buchanan: ¿de qué clave está usted hablando?

—Es una clave de… de mi invención… ¿Por quién me ha tomado, Zumarray? ¿Por un imbécil?

—No… No, no. Entiendo que es usted un correo diplomático muy inteligente, Buchanan. Lo ha demostrado… ¿Qué clave es esa?

—No entenderán nada de esos documentos de mi valija… ¡Nada! Yo los cambié, los alteré todos… Destruí los folios originales y los cambié por otros que dicen lo mismo, pero… en mi clave personal. ¡Si me matan, jamás sabrán lo que les interesa!

—Usted es un iluso, Buchanan.

—¿Eso piensa? Bueno… Deje que Makinley le envíe las fotocopias de las valijas anteriores, las que ya ha recibido procedentes de otras embajadas, y luego trate de hacerlas encajar con la de Buenos Aires, con la mía. ¡No lo conseguirá! Mi valija es la última, la definitiva, la que completa el rompecabezas… ¡Y usted no sacará nada en claro sin mi ayuda! Si no comprende la clave de mi valija, ni ésta ni las demás le servirán de nada.

—Sí… Ya sé ese truco que están empleando. Pero hasta la fecha he ido descifrándolo todo, y espero…

—Lo ha descifrado con la ayuda del traidor de Makinley… ¡Pruebe a que él o cualquiera le ayude a descifrar mi clave personal!

—Usted sólo pretende prolongar su vida, Buchanan.

—¡Desde luego! Pero si me matan, si no me cree, nadie…,

absolutamente nadie, podrá descifrarle el contenido de mi valija. Sólo yo.

—Está mintiendo… —Gruñó Rogelio—. Verdaderamente, todo lo que él quiere es vivir una hora o dos más, don Carmelo. Las que sean… No ha hecho eso de cambiar la clave…

—Ha tenido tiempo de sobra… —musitó Zumarray—. Vamos a esperar. Sixto y Florián volverán con la valija dentro de una hora, aproximadamente. Yo veré el contenido de esa valija, y sabremos si es verdad que Buchanan ha cambiado la clave. No tenemos prisa: lo mismo da matarlos ahora o dentro de un par de horas, o más. Pero si él dice la verdad, nos será forzosamente útil, a menos que quiera ver cómo le arrancamos los ojos a la señorita Rosales… De acuerdo, Buchanan: ha ganado usted unas horas de vida. ¿Qué estáis esperando? —Se volvió hacia Sixto y Florián—. ¡Id a buscar esa valija!

Sixto apretó el freno y el coche se detuvo exactamente delante del número 14 de la calle Fragata, sólo que pegado al bordillo de la acera de enfrente.

Los dos hombres se apearon, mirando descuidadamente, como quien no da importancia a nada, hacia todos lados. La calle estaba tranquila… Es decir, normal. Había allí varias tabernas, incluso un gran *snack* montado con gran lujo de escaparate y luces de color en la fachada. Eso significaba un cierto movimiento, pero nadie hizo caso a los dos recién llegados. Todo lo más, miraron con cierta envidia y resentimiento el gran coche y eso fue todo.

Cruzaron la calle, entraron en el portal, no muy iluminado, por cierto, y emprendieron en el acto el ascenso de los tramos de escalones de vieja piedra. Había dos pisos solamente, cada uno con una puerta. En la del primer piso se veía luz, por debajo. El segundo piso parecía solitario. Acabaron de subir el último tramo, el que llevaba a la puerta de la azotea. Florián sacó una ganzúa oxidada, mal doblada, pero que sin duda habría sido suficiente para abrir aquella puerta, por poco que supiera manejarla.

Sixto no le dio tiempo. Dio un tirón de la manilla de porcelana, sólo por probar. Soltó una risita.

—Está abierta. Guarda eso.

Salieron a la azotea, tranquilos, confiados. Desde allí se veía

muy bien el puerto con su gran cantidad de pesqueros. Llegaba atenuada la luz de la calle, y, sobre todo, la del pretencioso *snack*, con sus tres colores, a todo lujo. Las azoteas vecinas eran casi todas de la misma altura. Había un par más altas, pero sólo otro piso. Los dos estuvieron unos segundos mirando a todos lados, asegurándose de que nadie, ni siquiera por casualidad, podía estar viéndolos. Florián atrajo la puerta, cerrándola, y señaló el montón de cascotes, en silencio. Los dos fueron hacia allí, abandonando la zona de sombra que proporcionaba la cubierta del patio de luces de la casa.

—Debe ser cierto que escondió esa valija aquí… —murmuró Sixto—. Fíjate, aún hay ladrillos esparcidos por el suelo.

—Menos charla y al trabajo. Maldita sea… ¡Siempre nos toca la parte más asquerosa!

Comenzaron a apartar los cascotes. Seguramente estaban allí desde que se había hecho una reparación en la azotea, esperando el momento de ser retirados. El montón era bastante considerable, pero los dos hombres estuvieron trabajando duro y rápido durante unos cinco minutos, hasta que Florián exclamó:

—¡Aquí está! ¡No ha mentido!

Dio un tirón del asa del portafolios de fuerte piel, y se oyó el tintineo de las esposas, sujetas por una de las argollas. La otra estaba abierta. Los dos se echaron a reír, un tanto nerviosamente, pero satisfechísimos.

—¡Vámonos! —dijo Sixto—. ¡Esto es todo lo que nos interesa!

Se volvieron los dos a la vez, Florián con el portafolios… Y se quedaron petrificados, atónitos, mirando aquella magnífica silueta femenina que se apartaba de la pared del tragaluz, con la mano derecha alzada a la altura de la cintura, y sosteniendo algo en la izquierda… Un maletín…

—Caballeros —dijo la dama, en perfecto español—: la cortesía de ustedes es digna de ser muy tenida en cuenta. Gracias mil por haberme evitado tan enojoso trabajo de remover un montón de cascotes… ¿El portafolios, por favor?

—¿Quién es usted? —jadeó Sixto.

—No haga preguntas estúpidas. Simplemente, dejen caer el portafolios, aléjense seis pasos hacia los cascotes que han ido apartando, y pónganse de rodillas, de espaldas a mí, y con las manos en la cabeza. ¿Me he explicado bien?

Hubo un instante de vacilación en los dos hombres. Por fin, Sixto comenzó a volverse… Florián lanzó un grito y tiró el portafolios, con fuerza, hacia la dama, al mismo tiempo que se dejaba caer de rodillas, y su mano derecha se hundía en el bolsillo interior, en busca de la pistola… La dama dio un ágil y elegante salto de costado y, al mismo tiempo, en su mano brillaba un fogonazo.

Plof…

El chasquido del disparo casi ni se oyó. Pero se había disparado una bala, y Florián pagó las consecuencias: recibió el impacto en plena frente, cuando aún sus rodillas no habían tocado el suelo. El golpecito desvió su trayectoria vertical descendente, convirtiéndola en una caída lateral, ya muerto. Inmediatamente, fue la dama quien se puso de rodillas, encogida, reduciendo al mínimo su figura, y, por tanto, dificultando la puntería de Sixto…, en el caso de que éste hubiera sido lo bastante rápido. Y no lo fue. Aún estaba sacando la pistola cuando la dama volvió a disparar. Se oyó otro suave «plof», y Sixto lanzó un alarido, sacudiendo su mano derecha, enviando lejos la pistola recién sacada. Pareció a punto de saltar en pos del arma, pero la manita de la dama se movió, siguiendo su gesto, su posible trayectoria.

Durante unos segundos, los dos estuvieron inmóviles, mirándose. Por fin, la dama se puso en pie, lentamente, y Sixto bajó la mirada hacia su mano herida por aquel balazo que casi le arranca el dedo pulgar.

—De rodillas y de espaldas a mí… —dijo fríamente la dama—. Imagino que ya sabe que es un buen consejo.

Sixto obedeció, e incluso puso sus manos en la cabeza, sin que la dama tuviera que insistir en ello. Oyó el fino taconeo de los zapatos de su peligrosa enemiga, acercándose. Luego oyó su voz de nuevo:

—¿Han matado a Buchanan? —preguntó.

—No… ¡No!

—Pero le han obligado a decir dónde estaba la valija, ¿no es así? Pensé en ello cuando venía hacia aquí y decidí que podía sacar partido de eso. ¿La señorita Rosales está también en la casa de Carmelo Zumarray?

—Sí.

—¿Los dos están vivos?

—Sí.

—Bien… ¿En qué piso los tienen? ¿Arriba o en la planta?

—En… en el sótano. Era una bodega hace tiempo… Carmelo Zumarray hizo cambios en la casa y tapó el sótano.

—Pero tiene una entrada, evidentemente. ¿Por dónde?

—Por uno de los dos dormitorios de la planta.

—Vaya… Me gusta su fácil colaboración, señor… señor…

—Sixto.

—Tantísimo gusto, señor Sixto. Veamos: ¿usted formó parte del grupo que fueron a capturar a Palmira Rosales a su casa?

—Sí.

—Magnífico. Cuatro hombres fueron en el coche hasta la casa. Pero el quinto fue el encargado de acercarse por detrás al agente de la CIA que, sin duda, ustedes ya habían visto. ¿Correcto?

—Sí.

—Muy bien. ¿Quién fue ese quinto hombre, el que no llegó en el coche y sí en cambio por detrás del agente de la CIA?

—Fue Rogelio.

—Rogelio… ¡No me diga! El que le rompí la cabeza… ¡Si lo llego a saber, a estas horas estaría ya llenito de gusanos! Pero todo se andará. Dígame, amigo Sixto: ¿de verdad están todavía vivos el señor Buchanan y la señorita Rosales?

—Sí…

—Pues me sorprende mucho… ¿Para qué puede quererlos el señor Zumarray, si ya debe considerar como suyo el portafolios del señor Buchanan? Yo creo que está mintiéndome, Sixto querido, y que…

—¡Le estoy diciendo la verdad! Ese Buchanan dijo que había cambiado la clave de su valija, y que sólo él podía descifrarla ahora.

—Ah… Vaya, en realidad, esperaba que el señor Buchanan utilizara su inteligencia, pero no esperaba tanto de él. Lo ha hecho magníficamente. Mientras esperen conseguir algo de él, lo mantendrán con vida. Espléndido. Sigamos charlando, Sixto: ¿es Jefferson Makinley quien le proporciona las fotocopias de las valijas sudamericanas a Carmelo Zumarray?

—Yo no sé eso.

—Oh, vamos…

—¡No lo sé!

—Pero sí debe saber qué hace exactamente Zumarray con las valijas. ¿Qué hace con ellas?

—Vende… vende la información a los países sudamericanos implicados en los documentos. A… a cada país le vende los datos que pueden interesarle. Luego, todo el bloque lo vende a unos agentes cubanos.

—Cubanos… —musitó Brigitte—. Lo cual es tanto como vender esa información a Rusia. Vaya… Nuestro querido Carmelo debe haber ganado ya mucho dinero. Muchísimo. Y no cabe duda de que con esta última valija, habría acabado de llenar sus bolsillos, porque es el último informe general con destino a la Casa Blanca… Afortunadamente, estoy yo aquí para… orientar debidamente las cosas. Ningún país sabrá nada más de las intenciones norteamericanas. Y menos que nadie, los cubanos, que es tanto como decir que Rusia, al fin, se va a quedar a oscuras sobre los proyectos finales norteamericanos. Y todo, gracias a mí. Observo con satisfacción que ha valido la pena abandonar Río… Oh, por unos días solamente, claro. Sixto: le voy a dar un golpe, y luego, un amigo mío se lo llevará a un lugar secreto. Si no me ha mentido, seré indulgente con usted. Pero si me ha mentido, sus orejas… ¡Eeeh…! ¡No sea…!

Pero Sixto fue loco, para su desgracia. Convencido de que la dama se estaba emborrachando con su propia palabrería, saltó hacia delante, desde su posición de rodillas. Su mano, sangrante, cogió un trozo de ladrillo y, al mismo tiempo que rodaba hacia un lado, lo tiraba contra la mujer, con toda su fuerza… Fue un intercambio de agresiones muy doloroso para ambas partes, ciertamente. Brigitte recibió el tremendo impacto en pleno vientre, un instante después de apretar el gatillo de su pistolita. Y la bala tan precipitadamente disparada dio en el vientre de Sixto cuando se incorporaba en el esfuerzo de lanzar el casi medio ladrillo.

Desde luego, el impacto más doloroso momentáneamente fue el recibido por Brigitte, que quedó arrodillada, alzando la mano armada con no poco esfuerzo, en previsión del posible fallo de su disparo. Pero no… Sixto había caído hacia atrás y estaba cara al cielo, con las manos en el vientre, gimiendo.

Con los ojos llenos de lágrimas, demudado el rostro, Brigitte se incorporó, lentamente. Y a cada movimiento era como si le

estuviesen machacando el vientre con secos puñetazos. Quedó un poco tambaleante, notando el principio de las náuseas. Aspiró profundamente y se acercó a Sixto, que continuaba gimiendo, cada vez con menos fuerza. Ya no podría hacer nada más contra ella. Fue a recoger el maletín, y se colocó de rodillas junto al hombre.

—Le estaba… ofreciendo la vida, Sixto —jadeó—. Usted lo ha echado todo a perder. Tenga, póngase esto en la herida y no se mueva. No haga nada. Enviaré a un compañero mío a recogerle, y quizá aún pueda salvarse.

Colocó entre las manos de Sixto el paquete de gasas y se puso en pie. Fue en busca de la valija y cerró la esposa abierta en su muñeca izquierda; luego, con esa misma mano asió el maletín y se dirigió al borde del tejado. Miró hacia la calle, vio el coche y frunció el ceño. Quizá en el coche estuviese esperando algún compañero de Sixto… De modo que, una vez más, la divina espía se convirtió en una gatita, escapando de allí por los tejados.

Cuatro minutos más tarde entraba en su coche, estacionado a un par de manzanas. Inmediatamente sacó la radio y apretó el botoncito de llamada. La respuesta llegó inmediatamente:

—¿Sí?

—Soy yo, Simón. Pero no quiero hablar con usted, sino con nuestros dos compañeros del hospital. Que dejen de vigilar a Andrade y que vengan a…

—Ellos no la están oyendo. Tienen instrucciones mías para no admitir llamadas. Sería comprometido, dentro del hospital.

Brigitte suspiró profundamente.

—De acuerdo. Pues vaya a buscarlos y dígales que vengan a recoger a un hombre herido en la azotea de la casa número catorce de la calle Fragata. Que lo curen y lo mantengan prisionero. Vaya a decírselo al hospital, Simón.

—Pero… estoy vigilando a Makinley…

—Olvide eso. No hará nada. Le espero en mi hotel… ¿Puede usted entrar en la Embajada a estas horas?

—Sí… Desde luego.

—Pues atienda bien, Simón. Estas son las instrucciones de Baby…

Capítulo V

Simón respingó cuando, al abrirse la puerta, vio a Brigitte. Pero, en seguida, descubrió el enorme hematoma morado en el vientre y acabó atragantándose con su propia saliva.

—Por Dios…

—Pase, Simón… —Ella cerró la puerta—. ¿Ha hecho lo que le pedí?

—Sí. Nuestros dos compañeros han ido a buscar a ese Sixto. Y yo he pasado por la Embajada, después de ir a darles sus órdenes al hospital. Aquí tiene lo que me ha pedido… ¿Cómo se ha hecho eso?

—Una pedrada… —La divina espía sonrió—. Cosas de chiquillos. Bien… Hay suficientes. Venga al dormitorio.

Simón se fue detrás de la espía, con los ojos muy abiertos. Cuando ya en el dormitorio, Brigitte se volvió, alzando el montón de papeles en blanco que Simón le había llevado, éste aún se hallaba atónito ante tantísima belleza.

—Reaccione… —sonrió Brigitte—. ¿Le vio alguien tomar estos papeles con el membrete de la Embajada?

—No. El vigilante de noche es… ¡La valija!

Se acercó a la cama, donde, efectivamente, estaba el portafolios de Walter Buchanan. No podía ser otra cosa, teniendo en cuenta que todavía las esposas colgaban del asa. Alzó unos cuantos folios mecanografiados, los examinó rápidamente, y se volvió hacia Brigitte.

—Acabo de bañarme —sonrió ésta—, y pensaba pasarme un linimento especial. No crea que lo he dicho en broma: me han tirado un ladrillazo que por poco me parte en dos. Veamos si localizo ese fantástico linimento especial para mí, dentro de mi mágico maletín… ¡Aquí está! —Mostró el frasquito, sonriendo—. Obsequio de los doctores de la CIA.

—Si quiere que se lo aplique yo —sonrió maliciosamente Simón

—, lo haré con muchísimo gusto.

—¿De veras lo haría, Simón? ¡No sabe cuánto se lo agradezco! Pero tráteme con cariño y dulzura.

Se tendió en la cama y Simón se acercó, vacilante, algo turbado. Pero, evidentemente, la más hermosa mujer que jamás había conocido no estaba bromeando, así que aplicó unas gotas de líquido sobre el hematoma y comenzó a frotar, suavemente, mientras Brigitte hacía profundas y lentísimas aspiraciones…

—¿La lastimo? —murmuró el espía.

—No, no… Tiene unas manos cariñosísimas, Simón. Bueno… Parece que no tengo ninguna lesión interna y eso es lo importante. Me habría fastidiado mucho que tuvieran que abrirme.

Brigitte se echó a reír, pero, en seguida, hizo un delicioso mohín de dolor, y decidió reservar la risa para otro momento. Simón estaba sentado en el borde de la cama, pasando suavemente la mano una y otra vez… De pronto, Brigitte alzó un brazo, metió la manita bajo la chaqueta de él y sacó su radio de bolsillo.

—Le están llamando —dijo.

—¿Lo ha oído? —Se pasmó Simón—. ¡Pero si sólo es un ligero zumbido…!

—Conteste —sonrió Brigitte.

Admitió la llamada, colocando la radio cerca de la boca de Simón, que susurró:

—Soy Peralta.

—Hola. Oye, hemos estado en esa azotea… Los dos tipos que hemos visto allí están muertos. ¿Qué hacemos?

Brigitte se acercó la radio a su boquita.

—Déjenlos donde están y regresen al hospital. Aunque no creo que eso sea necesario, pues si quisieran rematar a Andrade ya lo habrían intentado. De todos modos, vuelvan por allá. Y a partir de ahora estén atentos a mis posibles llamadas. ¿Están armados? ¿Tienen coche?

—Sí, y sí.

—Magnífico. Es todo…

—¡Un momento! —protestó el Simón de turno—. ¿Cuándo podremos verla?

—De acuerdo… —rió Brigitte, haciendo en seguida una mueca de espanto—. Es muy posible que nos veamos mañana. Adiós,

Simón.

Cerró la radio y la volvió a colocar en el bolsillo de Simón, que la miraba con extraña atención.

—Usted es una persona agradable, Baby… Quizá le parezca una tontería que yo diga esto después de saber que ha matado a dos hombres, pero…

—No es ninguna tontería. Sé que soy muy simpática… cuando me lo propongo, claro. Ya está bien, Simón. Gracias… —Se sentó en la cama—. ¿Sabe escribir a máquina?

—¿A máquina…? Bueno… Claro, creo que no lo hago mal…

—Espléndido. ¿Cuál es el número telefónico del domicilio de nuestro queridísimo embajador?

—¿El de Makinley? El 39-72-81… ¿Por qué?

Brigitte fue al teléfono de su mesita de noche, pidió a la telefonista comunicación con el número citado, y esperó. Segundos después, Simón la vio enderezarse.

—¿El señor Makinley? —pidió—. Sí… Sí, sé la hora que es, por supuesto. Pero es tan urgente… Le ruego que pase la llamada a su dormitorio… Brigitte Montfort… Sí… Sí, exactamente… Gracias.

Se puso en actitud de espera y Simón se acercó rápidamente a ella.

—¿Qué está tramando? —exclamó—. ¿Para qué?

—¿Señor Makinley…? —habló Brigitte—. Soy Brigitte Montfort. Lamento mucho molestarle a estas horas…

—¿…?

—Muy amable… De veras que siento molestarle, pero estoy… desconcertada.

—¿…?

—Hace unos minutos se ha presentado un caballero en mi *suite*, cuando yo estaba ya durmiendo… Nunca le había visto antes, y se ha marchado en seguida… ¿Cómo? No, no; no me ha molestado en nada, no se preocupe usted. Pero me ha entregado… Bueno… Parece o es un portafolios, pero… tiene unas esposas colgando del asa… Yo diría que parece una valija diplomática…

—¡…!

—¡Por supuesto que no lo he abierto! Además, no podría hacerlo. El cierre es fortísimo… Además, el portafolios en cuestión no es para mí: ese caballero me ha dicho que lo deposite esta noche

en la caja fuerte del hotel, y que mañana, exactamente mañana a las once, se lo lleve a usted a la Embajada… No. Ni idea. No ha dicho su nombre, no… Oh, sí, en inglés… Era compatriota nuestro, desde luego. Le aseguro, señor Makinley, que no entiendo nada de nada, pero el asunto es tan sorprendente que he querido comunicárselo en seguida… Parece… Bueno, me siento un poco como si fuese una terrible espía…

—¡…!

—¡Pero señor embajador…! ¡No puedo llevárselo esta noche a su domicilio! No es eso lo que me han dicho… Además, tendría que volver a vestirme, ir a pedir ese maletín que ya he entregado al conserje de noche… Se lo llevaré mañana a las once en punto a la Embajada…

—¿…?

—Oh, sí… Se lo agradezco. He alquilado un cochecito para poder desplazarme cómodamente por Arvelia, pero no conozco bien la ciudad… Sí, será mejor que me envíe a su chófer… A las once menos cuarto. Sí… Muy bien. Perdone la molestia… Oh, es usted muy gentil… Hasta mañana… Adiós, adiós.

Colgó y se volvió hacia Simón, cuyo rostro estaba demudado.

—¡Por… por… por todos los… demonios del mundo! —exclamó el espía—. ¿Qué está tramando usted? ¡No pensará entregarle de verdad esa valija al traidor de Makinley!

—Pienso hacerlo. Pero antes, tenemos no menos de dos horas de trabajo. Luego, entregaremos el portafolios al conserje… ¿Me ha dicho que sabe escribir a máquina? ¡Estupendo! Yo empezaré a mano y…

—¡Usted no está jugando limpio con un compañero!

—¿Me reprocha eso, Simón? De acuerdo, saquemos a relucir todos los reproches que podamos hacernos mutuamente ¿por qué no me advirtió directamente, en cuanto me recogió en el aeropuerto, que la CIA desconfiaba fundadamente al parecer de Carmelo Zumarray?

—¿Cómo sabe usted eso? —exclamó Simón.

—Me lo dijo Walter Buchanan. ¡Tuve que enterarme por él, no por un compañero de la CIA! Usted no me dijo que la CIA tenía bajo su… punto de mira a Zumarray. Todo lo que hizo fue entregarme un montón de fotografías, y dejar que yo me las arreglara para

encontrar la pista… ¿Por qué?

—Yo cumplí mis órdenes —murmuró Simón.

—¿Ordenes? ¿De quién?

—De la Central. Me dijeron que iban a enviar a la persona adecuada para este asunto, y que no debía facilitarle informes que pudieran influir en su modo particular de investigar; me aseguraron que era mejor dejar que esa persona llevase la iniciativa por sus propios medios y recursos, y que estaba acostumbrada a la caza mayor. Así que si la poníamos tras la pista de Zumarray directamente, podía desconcertarse si él era una pieza menor. De modo que debíamos vigilar las actividades de Makinley, y dejarle lo demás a esa persona tan… eficiente que iba a llegar. Me dieron tal seguridad de que esa persona conseguiría el objetivo de la CIA, que cuando finalmente, me aclararon que sería una mujer, pensé inmediatamente en Baby. Por eso quedé decepcionado cuando usted negó serlo… Escuche, yo he cumplido órdenes, eso es todo. No tiene por qué guardarme rencor…

—No diga tonterías… —refunfuñó Brigitte—. Está bien, todo se ha aclarado. A menos que quede algo más escondido…

—No hay nada más.

—Está bien. Pongámonos a trabajar. Y tendremos que hacerlo muy bien, Simón.

—¿Qué hemos de hacer, concretamente?

—Pues… Bueno, yo lo definiría como la… «Operación de Pesca de Altura».

—No entiendo nada.

—Lo entenderá. Por el momento, lo básico, importante e inevitable, es preparar las redes. Y mañana, a las once, las lanzaremos…

Capítulo VI

—Le estoy muy agradecido, señorita Montfort… —aseguró Jefferson Makinley—. No sabe usted la importancia que tiene esta valija.

—Espero no haberme complicado en algún asunto de esos… enigmáticos y peligrosos —dijo Brigitte con los ojos muy abiertos—. No sabe usted lo que me horrorizan esas cosas de espías y contraespías. ¿Qué contiene el portafolios?

—Bueno… Documentos rutinarios procedentes de la Embajada norteamericana de Buenos Aires. Cosas corrientes.

—Pues lo celebro. Temí que pudieran ser planos de bombas, o cosas así… Ya sabe. De todos modos, ha sido todo tan extraño… Aquel hombre de anoche parecía tan nervioso… De verdad que no comprendo nada. Si eso es una valija diplomática…, ¿por qué no se la ha traído a usted el propio correo? —Abrió mucho de pronto los ojos—. ¿Estaba en peligro o…?

—Señorita Montfort… —rió con evidente esfuerzo Makinley—. No se preocupe más. Es cierto que en esta ocasión ha habido algunas irregularidades en la entrega de esta valija, pero… son cosas que no interesarían a su público. Aparte, claro está, de que yo, personalmente, voy a rogarle que no haga ninguna referencia a este suceso. Se entiende que usted no quiere causar perjuicios de ninguna clase a Estados Unidos.

—¡Claro que no! Precisamente, mi viaje tiene por objeto dar a conocer a nuestros compatriotas las buenas relaciones y armonía que existen entre nuestras embajadas y los gobiernos de los países sudamericanos. Pero este… incidente, o como queramos llamarlo… Por más que pienso, no consigo comprenderlo.

—¿Se quedaría más tranquila si más adelante, cualquier día, yo pudiera darle una explicación al respecto?

—Supongo que sí… ¿De verdad no corro peligro por haberme

metido en este asunto?

—De verdad… —sonrió Makinley—. ¿Pudo hablar con su jefe?

—Ah, sí. Conseguí prolongar el viaje una semana más. Tuvo que comprender lo juicioso de mi petición… Espero que no me sucedan cosas parecidas en las embajadas de los demás países que visite. Bueno, voy a dar una vuelta por la ciudad… Es muy hermosa.

—Arvelia es una gran ciudad, pero acogedora… ¿Le gustaría volver a cenar con nosotros esta noche? Sólo que luego podríamos ir al teatro, por ejemplo… Precisamente, esta noche, en el Teatro Nacional, representan una obra de Lope de Vega… Con actores españoles. Es una compañía que está realizando una gira por toda Sudamérica.

—Me encantaría… —admitió Brigitte, entusiasmada—. Oh, no debo entretenerle más. Sin duda tiene muchísimo trabajo.

—La esperamos a las siete… —Tendió su mano Makinley—. Y si durante el día precisa cualquier cosa de mí…

—Muchas gracias. Hasta las siete, señor Makinley. Oh, voy a prescindir ya de su simpático chófer. Tomaré un taxi para volver al hotel, y allí subiré al coche que he alquilado… Me gusta ver las cosas a mi manera, daré vueltas…

A la una y diez minutos, cuando ya estaba cansada de dar vueltas y se disponía a almorzar en uno de los bonitos restaurantes de Carrera Marítima, ante el cual acababa de detener el coche, Brigitte oyó el fino zumbido en su radio, que llevaba metida en el escote, a la espera precisamente de aquella llamada. Paró el motor del coche, sacó la radio y la accionó.

—¿Sí? —musitó.

—Soy Simón, Baby.

—Sí, sí… ¿Ha ocurrido?

—Y con toda desfachatez. Simplemente, Carmelo Zumarray ha estado en la Embajada. Ha permanecido dentro unos veinte minutos. Acaba de salir… supongo que con el microfilm que, finalmente, contiene todo el conjunto de valijas.

—Magnífico, Simón. Nos veremos a las seis y media, si es posible, en el lugar que convinimos. O bien, concretaremos el último acto por medio de la radio. ¿Están preparados Simón Tercero y Simón Cuarto?

—Preparados. Otra noticia, y de las buenas de verdad: Andrade,

o sea su Simón Segundo, ha salido definitivamente de todo peligro.

—Gracias a Dios… Pero eso no evitará que le pase la factura al tal Rogelio. Es uno de los hombres de Zumarray, y apuesto a que lleva la cabeza vendada. Se lo digo porque si, por cualquier causa, yo no puedo pasarle esa factura, lo hagan ustedes.

—Entiendo. ¿Cuál es el importe de esa factura, exactamente?

—Mátenlo.

Cerró la radio, la tiró dentro del maletín, y con éste en la manita izquierda se apeó del coche, directa hacia el restaurante. Comería pescado, naturalmente. Pescado bien fresco… El colmo del buen almuerzo que pensaba obsequiarse sería que tuvieran vino blanco español para el pescado. O italiano… Aunque se conformaría con uno griego…

Y hablando de pescado… La red estaba ya tendida y bien tendida. Sólo hacía falta que los peces se metieran de lleno en ella. Si sus cálculos eran exactos, y Walter Buchanan era todo lo listo que ella pensaba, Carmelo Zumarray se las debía estar prometiendo muy, pero que muy felices…

—Bien, Buchanan… —Zumarray mostró el pequeño microfilm, sosteniéndolo con dos dedos—. Aquí tenemos el material. Dentro de poco más de media hora podré proporcionarle copias ampliadas de los documentos que usted mismo cambió. Los originales ya no me interesan, puesto que le tengo a usted para que descifre su propia clave… ¿Está de acuerdo?

Todavía atado a la silla, reventado de sueño y cansancio, Walter Buchanan dirigió una tímida mirada a Palmira Rosales, cuyo aspecto era en verdad lamentable. También ella continuaba atada a la silla y la sangre que había brotado de los golpes recibidos antes de que los hombres de Zumarray le capturasen a él, se había secado, formando feas costras en el pálido rostro, en la cabeza… Varios hematomas en el cuello y los brazos de la muchacha completaban su triste aspecto.

—De acuerdo, sí…

—Es usted sensato… ¿Cuánto calcula que tardará en descifrar su propia clave? ¿Una hora?

—¿Una hora? —Se sobresaltó Buchanan—. ¿Está loco? ¡No podré hacerlo en menos de ocho o diez!

—¿Pretende burlarse de mí? —Enrojeció de ira Zumarray.

—¡No pretendo nada! ¡Sólo le digo que no podré hacerlo en menos de ocho horas! Quizá seis… ¡Pero nunca en una sola hora! Son muchas páginas, Zumarray, y lo enredé todo de tal forma que hasta a mí va a costarme descifrar esos papeles… Es todo lo que tengo que decirle.

Fruncido el ceño, Zumarray estuvo unos segundos silencioso, fija su hosca mirada en el correo diplomático.

—Muy bien… —musitó de pronto—. Parece que quiere usted prolongar sus vidas ocho o diez horas, Buchanan. Pero sólo conseguirá eso. Abandone cualquier otra esperanza.

—No sé lo que quiere decir…

—Sí lo sabe. Usted mantiene la esperanza de que alguien vendrá a salvarlos… Pues no. Le diré lo que ha ocurrido exactamente hasta que este microfilm ha venido a parar a mis manos… Anoche, alguien mató en la azotea de aquella casa del puerto a Sixto y a Florián. Pero sólo eso. No pudieron saber nada, ya que si ellos hubieran hablado, si me hubieran delatado, la CIA habría venido ya a buscarme…

—¡La CIA! —bufó Buchanan—. ¿De qué está hablando?

—Oh, vamos, Buchanan… ¿Cree que no lo he comprendido? Usted vino en busca de su novia aquí quizá porque estaba rondando la casa de ella, y vio a mis hombres llevársela. Los siguió, y estuvo esperando la noche para intentar algo… Con anterioridad, les dijo a los de la CIA dónde tenía la valija, y ellos, por la noche, fueron a buscarla, se tropezaron con mis hombres, y pudieron matarlos… Se llevaron la valija.

—Entonces…, ¿cómo la tiene usted?

—Uno de los de la CIA fue a llevársela a una persona, para que la pusiera en manos del embajador Makinley. Y así ha ocurrido. Ahora bien, usted fue muy torpe al no decirles a los de la CIA nada sobre mí. ¿Acaso no estaba seguro de que yo tenía a su novia?

—¿Y cómo sabe que yo no les dije a los de la CIA…?

—¡Usted es un tipo divertido, Buchanan! Y muy cabezota… Si les hubiera dicho a los de la CIA algo sobre mí…, ¿cree que no habrían venido ya a buscarme? Pero no… No les dijo nada. Usted, quizá, quería una venganza personal contra mí, o se creía un héroe… ¡Yo qué sé! Pero sí sé ahora que si la CIA tuviera noticias sobre mí, la cosa habría estallado. Pero no saben nada… Ellos no

quieren dejarse ver por Jefferson Makinley, y por eso, le enviaron la valija por medio de una dama encantadora… Quizá vigilen a Makinley cuando éste salga de la Embajada… Pero no sospecharán que él haga nada «dentro» de la Embajada. Y puesto que están vigilando la Embajada, me han visto a mí allí hace una hora… Nadie me ha molestado… ¿Por qué? ¿Por simpatía hacia mí? Le diré lo que significa eso exactamente, Buchanan: nadie sabe nada de mí, y usted, aunque alargue mucho su traducción de su propia clave, no puede esperar ninguna clase de ayuda. ¿Está claro? De manera que si todas sus aspiraciones son vivir diez horas más, por mí está bien. Pero no cometa tonterías, ni se las dé de listo más tiempo… Si intenta engañarme, haremos pedazos a su novia ante sus propios ojos… ¿Alguna duda?

Walter Buchanan inclinó la cabeza y, de pronto, Palmira Rosales rompió a llorar.

Zumarray la miró, entre asombrado y divertido. Acabó encogiendo los hombros, con fría indiferencia.

—Rogelio —dijo—: tú te quedarás con ellos todo el día. No quiero que te vean por ahí con la cabeza vendada… Amadeo —señaló al hombre de la cicatriz en la cara— te traerá comida, o lo que quieras. Pero mucho cuidado… Si algo sale mal por tu culpa…

—Descuide, don Carmelo. Éstos no salen de aquí… hasta que los llevemos a la Fosa Negra.

—De acuerdo. Amadeo, tráeles algo a Rogelio y a estos dos. Tú, Cristóbal, me ayudarás a revelar este microfilm. Y esta vez vamos a vender los informes un poco más caros, porque después de esto descansaremos una temporada… Es lo mejor. Si cualquiera consiguiera alguna pista sobre nosotros, no iba a ser tan torpe como Buchanan para silenciarla… Pero no sé… Hay algo que no encaja del todo… Por otra parte, está Makinley… Él sí sabe muchas cosas, y puede echarlo todo a perder… Creo que tendré que reflexionar detenidamente sobre ese punto… Cierto que la CIA no sabe nada de mí, pero parece que sí sospechan ya de Makinley… ¿Qué pasa si se deciden a atraparlo y le obligan a decir todo lo que sabe…? —Se volvió de pronto hacia Buchanan—. Entiendo… Usted espera que atrapen a Makinley, y que él lo diga todo… Esa es su jugada, ¿no es cierto, Buchanan? —El correo diplomático no contestó y Zumarray frunció aún más el ceño—. Sí… Esa debe ser su jugada… Tengo que

pensar detenidamente en esto… Reflexionar mucho. Cuando dos inteligencias se enfrentan, siempre vence la que ha reflexionado más.

Capítulo VII

Hacía apenas media hora que había oscurecido cuando la negra figura emergió de las aguas del mar, justamente al lado del embarcadero. Al primer vistazo podía parecer un extraño monstruo marino. Luego era fácil reconocer el atuendo que permitía a un ser humano deslizarse bajo las aguas sin tener que salir a respirar… El traje de goma negra brillaba, en miles de puntos acuosos; después, el lente monocular; el tubo de goma; los dos depósitos de aire…

La mujer-rana nadó suavemente por debajo del embarcadero, hasta llegar a la arena, por entre los gruesos pilares de madera. Una vez en la arena, quedó inmóvil, tendida boca abajo, con la cabeza un poco alzada. Exactamente igual que un felino olfateando el posible peligro.

Por fin, salió completamente del agua. Lo primero que hizo fue quitarse de los pies las aletas de goma. Luego, los pesados tubos… En el agua, su carga no era excesivamente pesada, pero en tierra eran un gran agobio. También quitó de su cintura increíblemente esbelta el cinturón de plomos… y dejó junto a ella, en la arena, aquel maletín flexible, de buen tamaño, que también había llevado colgado en la cintura. Por último, junto a todo esto, colocó el fusil acuático, cargado con un impresionante arpón de casi tres pies de longitud. En definitiva, la «mujer-rana» quedó solamente con el traje de goma negra, después de haber descargado todo el material sobre la arena. Alzó su brazo izquierdo, acercando a sus ojos el luminoso reloj acuático.

Perfecto.

El horario era sencillamente perfecto.

Abrió el maletín, sacó la pistolita de cachas de madreperla, y se la sujetó a la pierna izquierda por medio de dos vueltas de tira de esparadrapo, de color carne.

Solamente se oía el rumor del mar. Lejos, brillaban las luces de

Arvelia. Mucho más cerca, por entre las palmeras, las luces de la casa de Carmelo Zumarray.

Sin prisas, con una lentitud estudiada, con gestos seguros, la «mujer-rana» sacó algo más del maletín: lo que parecía un trípode para cámara fotográfica. Con una lentitud que sólo podía tener como base una escalofriante serenidad, la dama del mar arrancó las tres patas del trípode, y luego, de modo sorprendente, las fue enroscando una con otras, mientras iba dando vistazos a su reloj luminoso acuático. En menos de medio minuto quedó montado el fusil de tubos de aluminio, que quedó sobre la arena, junto a las demás cosas. Una blanca, fina, hermosa, delicada manita sacó un estuche metálico del maletín; del estuche, una bolita de vidrio, que fue introducida con gran suavidad por la punta del fusil de tubos de aluminio.

Nueva mirada al reloj. Había tiempo. Todo estaba funcionando perfectamente. Las cosas se podían haber hecho de otro modo, ciertamente: unos cuantos hombres bien entrenados, armados de pistolas y metralletas, un ataque en masa… Fin. Pero aquel final habría podido traer muy malas consecuencias en todos los sentidos… Por tanto, había que hacer las cosas bien, con calma, con sosiego… Fríamente. Esa era la palabra: fríamente. Con lógica, con razonamiento, no arriesgando nada. El cerebro humano tiene como primordial obligación servir al ser humano. No se puede usar el cerebro como un arma de ataque violento, sino como un arma cautelosa, segura, eficaz.

Finalmente, la «mujer-rana» se puso en pie, llevando en la mano diestra el fusil de tubos de aluminio, y colgándose en un hombro, por medio del hilo del arpón, el fusil acuático. Descalza, con el negro traje de goma, se deslizó como una sombra más hacia las palmeras. Era imposible verla… Imposible.

Cuando se arrodilló junto a una de las palmeras, su mirada se fijó en el blanco y chato edificio que era el acuario privado de Carmelo Zumarray. Un blanco facilísimo. Con el fusil de tubos de aluminio, apuntó hacia allí, hacia la blanca mole…

¡Effbummm…!

Fue un chasquido eléctrico, apagado, suave. Ni siquiera un segundo después, una bola de fuego aparecía en una de las blancas paredes del acuario. Un fuego extrañamente blanco al principio,

como si fuese de plata. En verdad, aunque miles de veces menor, su forma fue la de una explosión atómica… Una simple bola de fuego plateado, que en seguida fue decididamente rojo.

La mujer dejó el fusil de tubos de aluminio junto a la palmera, y empezó a correr hacia la casa, siempre ocultándose tras las palmeras, árboles, arbustos… Aún no había recorrido veinte yardas cuando la puerta de la casa se abrió y un hombre apareció en el amplio porche pintado de blanco.

—¡Cristóbal! —llamó agudamente—. ¡Don Carmelo! ¡Hay fuego en el acuario…!

Echó a correr hacia allá. A los pocos segundos, dos hombres más salieron de la casa, corriendo ya… Se fueron detrás del primero, hacia el acuario… En éste, a los pocos segundos, brillaba aquella luz azulada, claramente visible por las ventanas…

La «mujer-rana» corría ya hacia la casa. Pero no entró por la abierta puerta, sino que se colocó ante una de las ventanas y, con el fusil acuático, destrozó los cristales. Se introdujo por el hueco, a toda prisa, y corrió, cruzando el vestíbulo, llevando ahora el fusil en la diestra. Abrió una puerta, otra, otra… Se quedó mirando aquel dormitorio, en cuya ventana se veía el rojo resplandor del fuego del acuario. Movió la cabeza negativamente y regresó al pasillo. Abrió la siguiente puerta y se quedó mirando la cama, fuera del sitio que parecía corresponderle de acuerdo a todas las normas de aprovechamiento del espacio, e incluso de estética. En un instante, los descalzos pies de la «mujer-rana» quedaron donde sí debía estar la cama. Luego se inclinó y su mano izquierda fue tanteando el suelo, rápidamente… Los finos dedos encontraron la anilla, la asieron, dieron un fuerte tirón… Inmediatamente quedó abierto un rectángulo en el piso, por el cual brotó abundante luz. Abajo, inmediatamente junto a los pies de la mujer, un tramo de escalones de madera…

Sin vacilar ni un instante, la «mujer-rana» comenzó un rapidísimo descenso. Toda su actitud era la de quien se lanza de cabeza al centro de un volcán…, pero dispuesta a vencer el poder del volcán…

El volcán era, ciertamente, insignificante, para aquel torbellino de ojos azules: un simple hombre, con la cabeza vendada, que se puso en pie de un salto, temblando de sorpresa, llevando la mano

adonde guardaba la pistola…

¡Fffssss… toc!

Rogelio se olvidó inmediatamente de su pistola y de su sorpresa. Se olvidó de todo, menos de aquel dolor que desgarraba su carne, todo su cuerpo. Sus manos se crisparon en el arpón que se había clavado en el centro de su pecho, saliendo unas pulgadas por la espalda. Desorbitados los ojos, desencajado el rostro, cayó hacia delante, y luego, tras un alarido escalofriante, quedó tendido de lado, mirando hacia la «mujer-rana», que ya sin hacerle el menor caso corría hacia Palmira Rosales, bajo la atónita mirada de Walter Buchanan, que, bolígrafo en mano, sentado ante una vieja mesa, iba tomando notas de los documentos fotografiados…

—¡Olvide eso! —exclamó Brigitte—. ¡Ayúdeme a desatar a su novia, Buchanan!

El correo diplomático reaccionó al fin, dando un salto. Entre los dos comenzaron a soltar rápidamente a la muchacha, que había comenzado a llorar otra vez.

—Cálmate… —jadeaba Buchanan—. Cálmate, querida, todo está bien ahora. Ella es Baby, nos sacará de aquí…

Palmira Rosales quedó suelta en pocos segundos. Brigitte señaló hacia el tramo de escalones, y los dos fueron hacia allí. La muchacha apenas podía caminar, de modo que Buchanan, que llevaba ya varias horas suelto, tuvo que ayudarla. También Brigitte la ayudó. Cuando llegaron arriba, la espía internacional se volvió, fijando sus congelados ojos en Rogelio, que gemía, agonizante, mirándola…

—Adiós, Rogelio… —dijo Baby—. Saludos de Simón Andrade.

Salió por fin, en pos del diplomático y su novia, que corrían como podían, cruzando el vestíbulo. Brigitte estuvo a punto de gritarles que no saliesen por la puerta, pero comprendió que Palmira Rosales no estaba en condiciones de salir por la ventana destrozada… Aparecieron en el porche y, en el acto, Baby se dio cuenta de que el pequeño fuego que ella había provocado en el acuario había sido dominado; seguramente, utilizando un extintor. Esto era un contratiempo, pero ya sólo quedaba correr… Correr hacia el embarcadero. En seguida comprendió que ella era la única que estaba en condiciones para correr. Buchanan y la muchacha caminaban torpemente, a trompicones.

—Hay que correr más… —dijo Brigitte—. ¡Hagan un esfuerzo! Si nos ven, todas mis precauciones para sacarlos de aquí habrán sido vanas. ¡Corran!

Ella aumentó la velocidad de su marcha, para dar ejemplo…

—¡Hey! —Se oyó de pronto—. ¡Buchanan se escapa…!

—¡Corran! —aulló Brigitte.

Se colocó al otro lado de Palmira Rosales, sosteniéndola por el brazo, forzando la velocidad. Tenían que llegar al embarcadero, donde estaban la lancha y el pequeño pesquero. Si llegaban allí…

Por detrás de ellos, brillaron varios fogonazos, y Palmira lanzó un grito de espanto y dolor. En un instante, todo su peso completo quedó sostenido por Buchanan y Brigitte. Buchanan vaciló, se tambaleó y se vino al suelo, con su novia, arrastrando también a la espía, que rodó lateralmente, dando un tirón a la pistolita que llevaba sujeta con dos vueltas de esparadrapo al muslo.

—Es inútil… —jadeó Buchanan—. ¡Márchese!

Del jardín llegaron varios fogonazos más, y algunos puñados de tierra fueron a dar en la cara de la espía, que tras ponerse de rodillas, volvió a tirarse rápidamente de bruces al suelo. Desalentada, se dio cuenta de que estaban precisamente cruzando aquel claro del jardín donde la noche anterior habían atrapado a Buchanan…

—¡No se muevan! —Se oyó la voz de Carmelo Zumarray—. ¡No se muevan, o los acribillamos!

Los azules ojos se volvieron velozmente a todos lados, buscando contra quién disparar. Pero, realmente, si contra alguien se podía disparar allí era contra Buchanan y la muchacha… y contra ella misma. Los tres estaban en el centro del claro, perfectamente visibles…

—¡Deje caer esa pistola! —dijo otra voz.

La espía suspiró. Bien… Tantas precauciones, tanto evitar un ataque directo apoyada por sus Simones, a fin de que Buchanan y Palmira Rosales no fueran asesinados al sentirse acorralados Zumarray y sus hombres… y no había servido de nada. Tantas precauciones para nada.

Dejó caer la pistola, alejándola de su mano, visiblemente. Palmira Rosales estaba gimiendo fuertemente, casi lanzando alaridos. Baby se acercó a ella y vio en seguida la abundante sangre

que brillaba en el costado de la muchacha…

Cuando alzó la cabeza, tres pares de pies rodeaban la escena.

—En pie —dijo Zumarray.

Brigitte obedeció en seguida, y señaló a Palmira Rosales.

—Ella está herida, Zumarray. No podrá…

Carmelo Zumarray lanzó una fuerte exclamación de asombro. Se acercó a Baby, y de un seco tirón echó hacia atrás la capucha de goma del traje acuático; la negra mata de cabellos se esparció hacia la espalda de la espía.

—¡Señorita Montfort! —jadeó Zumarray—. ¿Qué significa esto? ¿Qué hace usted aquí?

—Sus preguntas no son muy inteligentes, Carmelo —sonrió fríamente la divina.

Zumarray estaba tan impresionado, tan asombrado, que durante unos segundos fue incapaz de reaccionar.

—Usted… —masculló al fin—. ¡Usted es de la CIA!

—Elemental, querido Watson. Elemental —ironizó Brigitte.

—Y todo esto… significa que la CIA está al corriente del asunto… ¡Está al corriente de todo!

—Lo habríamos aplastado ya si no hubiera tenido en su poder a Buchanan y a la señorita Rosales… —explicó amablemente Baby—. Hice lo que pude para que los conservara vivos hasta la noche, pero… todo ha sido un fracaso para mí.

—¿Y Rogelio?

—Lo he matado de un arponazo en el pecho. Lo dejé agonizante, pero ya debe haber muerto.

—¡La voy a…!

Cristóbal se adelantó, alzando su pistola, pero Zumarray lo apartó bruscamente.

—¡Quieto! La señorita Montfort no merece eso, Cristóbal… Ella es una experta nadadora, ¿no es cierto? Ha llegado por la playa, ha matado de un arponazo a Rogelio… ¿Es usted buena nadadora, señorita Montfort?

—Excelente —sonrió Brigitte crispadamente.

—Bien… ¡Magnífico! Caminen… Hacia el acuario. ¡Vamos!

—Palmira no puede caminar… —dijo roncamente Buchanan—. Ella no puede…

—¡Ayúdela! ¡Y si no puede ni siquiera con ayuda, llévela en

brazos, Buchanan! Ah… Usted también es muy listo, ¿verdad? Los dos son muy listos… ¿De quién fue la idea de ese falso cambio de claves en los documentos?

—Digamos que fue una… astucia telepática —aclaró Brigitte—. Comprendí que Buchanan idearía algo para evitar que los matasen en seguida a él y a su novia. Pero, además, el amigo Sixto me dijo que no lo habían matado porque él era el único que conocía su propia clave, utilizada para redactar en otros papeles, los documentos que habían llegado de Buenos Aires. Así que… quité los auténticos documentos y yo misma inventé una clave para redactar los documentos falsos que Buchanan estaba… descifrando.

—¿Fue usted quien mató a Sixto y a Florián?

—En efecto.

Era muy fácil llegar ya a conclusiones definitivas, y Zumarray no tuvo más remedio que admitir la verdad: la CIA lo sabía todo. Absolutamente todo. Pero…, ¿por medio de quién?

—Makinley me delató al fin, ¿no es eso? —musitó.

—Es posible.

—El muy perro. Caminen. ¡Vamos al acuario, señorita Montfort! Va a tener grandes oportunidades para demostrar todo lo hábil que es usted en el agua.

Buchanan comenzó a caminar, cargado con su novia. Estaba realizando un esfuerzo tal, que Brigitte esperaba verlo rodar por el suelo de un momento a otro. Sin embargo, llegaron al acuario… Cristóbal cerró la puerta, después que Amadeo hubo encendido la luz. Buchanan depositó a Palmira en el suelo y dijo, jadeando:

—Zumarray, ella está malherida… Si no hacemos algo pronto…

—¡Cállese! —explotó Zumarray; y lo derribó de un puntapié en la boca.

—¿Qué hacemos con ellos? —Se impacientó Amadeo.

Zumarray se quedó mirando a Brigitte, fijamente. Luego, empezó a sonreír, con una expresión divertida, maligna. Sin decir palabra, fue a un rincón del gran acuario, donde había una tarima con trajes de goma, arpones, tubos de aire, aletas de goma… Estuvo rebuscando allí, y regresó ante Brigitte llevando unos lentes, un cuchillo y un pequeño aparato metálico, alargado, de unas diez pulgadas de longitud, que colocó ante los ojos de la espía.

—¿Sabe lo que es esto?

—Sí. Es una pequeña carga de aire para pequeñas inmersiones.

—¡Efectivamente! Yo lo utilizo cuando, algunas veces, me atrevo a bajar a mi acuario a hacer algunos pequeños arreglos… ¿Se ha fijado bien en mi acuario?

Brigitte miró el gran recipiente. Prácticamente, era una piscina, que se alzaba con paredes de cristal. A una seña de Zumarray, Amadeo movió un interruptor y el acuario quedó interiormente iluminado. Se veían muchos peces pequeños, de los más variados colores y formas. El fondo había sido acondicionado con grandes rocas, algunas de las cuales tenían infinidad de pequeños orificios. No sólo había rocas, sino algas, coral…

—Es un grandioso y hermoso acuario —musitó Brigitte.

—¿Verdad que sí? —continuó sonriendo Zumarray—. Venga por ese lado… Voy a ver si puedo presentarle a «Satán» y «Lucifer»…

—¿Tiburones? —Palideció Brigitte, empezando a comprender las intenciones de Zumarray.

—Oh, no… Eso es muy vulgar. Cualquiera puede tener hoy tiburones o delfines… No, no. Además, los tiburones son tan rápidos y voraces, que no me dejarían un solo pez en el acuario. «Satán» y «Lucifer» son más… reposados. Y, además, procuro abastecerlos de comida desde el exterior; cada día, Rogelio se encargaba, por la noche, de traerles su comida. Por cierto…, esta noche no ha venido… Y no creo que pueda venir ya, ¿no le parece?

—No sé si vendrá al acuario… —sonrió Brigitte, con un esfuerzo —. Pero sí le aseguro que ya debe estar con «Satán» y «Lucifer».

—¡Ah! ¡Magnífico ingenio el suyo, señorita Montfort! Precioso juego de palabras y de significados, lo admito… ¡Vea! ¡Ese es «Lucifer»! Es un poco más pequeño que «Satán», desde luego…

Durante dos o tres segundos, Brigitte no comprendió. No veía qué podía estar señalando Carmelo Zumarray. Ella sólo veía más rocas… De pronto, quedó intensamente pálida, cuando algo que parecía… un punto verdeamarillento de luz brilló entre las aguas, y lo que parecía una roca comenzó a tomar forma diferente ante sus ojos. Vio la gran forma de línea redondeada, como una gran bolsa, y los tentáculos, las ventosas de color rosa pálido… Zumarray la estaba mirando de reojo y empezó a reír al captar el gesto de espanto de la espía.

—¡Lo ha comprendido al fin! —exclamó—. En efecto, es un

pulpo gigante. Pero no se asuste, ya sabe que el agua aumenta el tamaño de todo cuerpo u objeto sumergido. «Lucifer» —señaló al enorme pulpo—, que es más pequeño que «Satán», parece medir unos tres metros, visto desde aquí fuera. Pero no… Solamente debe medir… algo menos de dos metros. «Satán» debe estar entre las rocas, un poco furioso porque su comida no ha llegado puntual hoy… En cuanto algo caiga al agua, ya verá cómo sale a ver si es su comida.

—¿Y usted quiere que ese algo sea yo? —Tembló la voz de Baby.

—Bueno… No pienso enviarla de visita sin darle ciertas facilidades, señorita Montfort. Vea esto: unos lentes, un cuchillo, y la carga de aire para diez minutos. Una pelea entre tan experta nadadora y dos pulpos gigantes será algo digno de verse. Sin embargo, si prefiere que le meta ahora mismo, aquí, una bala en la cabeza, sólo tiene que pedirlo. Le permito elegir su… destino.

Brigitte inclinó la cabeza… y su mirada fue hacia el reloj acuático que llevaba en la muñeca izquierda.

—Creo que me daré un baño —musitó.

—¡Admirable valor el suyo! Muy bien… Aquí tiene todo esto. Suba la escalerilla y salte desde la plataforma. Si gana a mis dos amigos, podrá marcharse. Pero si intenta salir del acuario, le volaremos la cabeza. ¿Está claro?

—Sí.

Se colocó los lentes, y luego el tubo de aire en la boca, asegurándose de su funcionamiento perfecto. Por último, tomó el cuchillo de mango de corcho que le tendía Zumarray. Cuando miró a Buchanan y a la muchacha, los dos la estaban mirando a ella, con expresión desorbitada, mudos, paralizados completamente del más grande terror. Sin vacilar, Baby subió la escalerilla, y, también sin vacilar lo más mínimo, se introdujo en el gran acuario, pero muy lentamente, evitando el chapoteo que pudiese avisar a «Satán» de que su comida había llegado.

«Lucifer» no se movió. Pero, por entre las rocas, una forma de color chocolate comenzó a agitarse, lentamente, parsimoniosamente… Zumarray, Amadeo y Cristóbal se habían reunido con Buchanan y la muchacha, cuyo aspecto era tal que casi ni respiraban.

Veían estupendamente a la espía, que parecía haber aumentado

de tamaño. Se había ido hacia el fondo, alejándose de las rocas de entre las cuales aparecía ya «Satán», como una masa blanda que se aplastaba, cambiaba continuamente de forma… Sus largos tentáculos aparecieron al fin, adhiriéndose las ventosas a las rocas. Cuando apareció la enorme mole, Palmira Rosales lanzó un gemido, y se desmayó. Walter Buchanan quiso moverse, pero Amadeo movió su pistola, golpeándole en la cabeza, y el correo diplomático se desplomó sin sentido encima de su novia.

—No los matéis —dijo Carmelo Zumarray—. Tenemos que conservarlos vivos. Cuando la función haya terminado, quiero ir a ver a Makinley, para darle una lección. Luego, tendremos que escapar, con la lancha. Por cierto, voy a utilizarla para ir a ver a Makinley… A mi regreso, os recogeré, y nos iremos.

—De acuerdo —aceptó Cristóbal—. Pero ¿para qué queremos a estos dos?

—Quiero ir a matar a Makinley, pero la CIA está ya al corriente de todo, así que si tengo dificultades, bueno será poder ofrecerles las vidas de estos dos a cambio de la mía. De modo que los quiero vivos hasta que estemos en alta mar, lejos de aquí. ¿Entendido?

—Claro. Es una buena idea, don Carmelo…

¡Mire! «Satán» ha visto ya a esa mujer… Va hacia ella…

En efecto, el gran pulpo, mientras su compañero permanecía inmóvil, se iba acercando a Brigitte, que parecía sentada, acurrucada, en un rincón del acuario, esperando.

—La está acorralando —rió Amadeo.

—¡Vaya valor que tiene esa chica! —murmuró Cristóbal—. Yo habría preferido el balazo en la cabeza…

—¡Y yo! —aseguró Amadeo.

—Un balazo en la cabeza es definitivo —dijo Zumarray—. En cambio, una pelea con un par de pulpos puede dar mejores resultados.

—¿Con esos pulpos? —exclamó Cristóbal—. ¡Sigo prefiriendo el balazo en la cabeza!

—La acorrala completamente… ¡Ella quiere escapar ahora!

Era todo un espectáculo, lleno de luz, de color. Los bonitos peces huían rápidamente de la proximidad de «Satán», que parecía una gran bolsa pasando por entre rocas, algas y corales… Ante él, la espía, que había empuñado el cuchillo como si fuese un sable, con

la punta hacia adelante.

—Está loca… ¿De verdad cree que podrá…?

—¡Calla! ¡A ver qué hace!

Baby demostró, cuando menos, que en el agua se encontraba a sus anchas. De pronto, se impulsó con las piernas, fuertemente, en un astuto intento de alejarse del pulpo. Su idea era buena: dejar que se acercase, esquivarlo, y desplazarse al otro extremo del acuario, para esperarlo de nuevo… Pero uno de los largos tentáculos del pulpo se movió, rápidamente, y la punta se enroscó en uno de los tobillos femeninos. Con una velocidad y decisión que admiró a los «espectadores», la espía se volvió, y lanzó un tajo con el cuchillo, de abajo arriba, segando aquel extremo del tentáculo.

—¡Fantástico! —exclamó Zumarray—. ¡Nunca vi un valor semejante!

Pero dos tentáculos más habían hecho presa en Brigitte: uno en el otro tobillo, y otro en la cintura. Inmediatamente, el que rodeaba la cintura se curvó, atrayendo a la mujer hacia la gran cabeza-vientre del enorme cefalópodo, mientras también el otro tentáculo tiraba del pie… Brigitte volvió a utilizar el cuchillo, cortando frenéticamente, con varios tajos, el tentáculo que rodeaba su cintura… Inmediatamente, «Satán» lanzó un gran chorro de negrísima tinta, que lo oscureció todo. Pareció que una gran nube negra hubiese aparecido de pronto, tapando toda la luz. La tinta se extendía rápidamente. En pocos segundos, todo el acuario quedaría prácticamente negro…

—Parece que «Satán» se ha enfadado mucho con esa chica —murmuró Cristóbal.

—Con lo cual, nos priva del espectáculo —refunfuñó Carmelo Zumarray—. Con esto no contaba yo. ¿La veis? ¿Veis a «Satán»?

—No… La tenía sujeta por un pie, todavía… Vamos a dar una vuelta, a ver si vemos qué está pasando…

Los tres dieron una vuelta en torno al gran acuario, pero no pudieron ver nada. Toda el agua tenía ya un tono negro, sobrecogedor.

—Dentro de unos minutos, la tinta se posará, y podremos ver lo que pasa —dijo Amadeo.

—Ya no veremos nada —aseguró Zumarray—. «Satán» se la habrá llevado entre las rocas. Lástima: la diversión ha sido corta.

Creo que será mejor que me marche en la lancha. Makinley va a tener un disgusto. No olvidéis lo que os he dicho. Estaré de vuelta en media hora, calculo.

—Descuide, don Carmelo.

Zumarray se fue, y poco después, muy apagado, oían el motor de la lancha, que se fue alejando… Amadeo y Cristóbal miraron a los desvanecidos prisioneros, y luego hacia el acuario. Encogieron los hombros. Sólo tenían que esperar el regreso de Zumarray.

Por lo demás, la diversión había terminado. No se veía nada.

Capítulo VIII

—Vaya… El astuto correo diplomático ha despertado. Le ha durado poco el sueño.

—Déjalo… Ya se empieza a ver algo en el acuario. La tinta se va aclarando…

—¿Ves algo?

—Todavía no.

Walter Buchanan oía la conversación, todavía como lejana. Pocos segundos después, estaba completamente recuperado. Vio ante él el rostro de Palmira, pero, en seguida, con un respingo, se sentó en el suelo y miró hacia el acuario, recordando…

—Abra bien los ojos, Buchanan —rió Cristóbal—. Y díganos si ve algo ahí dentro. No creo que la hayan engullido toda.

—Criminales… —tartamudeó el correo—. ¡Monstruos criminales!

—¡Cierre la boca, si no quiere que desobedezca a don Carmelo y lo mate ahora mismo!

—Déjalo… Vamos a dar una vuelta alrededor del acuario, a ver si vemos algo. Aunque sólo sea una pierna de la chica… Parecía tenerlas muy bonitas, ¿verdad? Y usted, Buchanan, si intenta algo, piense en su novia. Bueno, ya me comprende: no creo que pueda escapar cargado con ella, ¿eh? Ve tú por el otro lado, Amadeo. Creo que ya podremos ver algo…

—Aún está demasiado negra el agua…

La puerta del acuario se abrió, de pronto, bruscamente, y los dos hombres se volvieron, sorprendidos, pensando en lo rápidamente que Zumarray había regresado de…

Amadeo lanzó un grito de rabia al ver aparecer a los dos hombres desconocidos, pistola en mano. Quiso utilizar la suya, pero el más adelantado de los recién llegados disparó antes, fríamente, y Carmelo saltó hacia atrás, con media cabeza destrozada por la bala

del nueve largo. Cristóbal también lanzó un alarido de rabia, pero, igual que su compañero, no tuvo tiempo de nada. Al mismo tiempo que en la puerta aparecía un tercer hombre, el que estaba en medio disparó, rápidamente, por dos veces… La primera bala dio a Cristóbal en un hombro, y lo tiró dando vueltas verticalmente, hasta chocar de bruces contra el grueso cristal inastillable del acuario… Aún no había rebotado, cuando la siguiente bala le acertó en la nuca, aplastando de nuevo su cara contra el cristal, obligándole a rebotar fuertemente…

—¡Ella está ahí! —chilló Buchanan—. ¡Baby está en el acuario, con dos pulpos gigantes! ¡La han matado, la han…!

Los tres hombres cambiaron rápidas miradas, pálidos como muertos. Miraron hacia el acuario, cuyas aguas iban siendo más y más claras. De pronto, Simón Peralta corrió hacia el otro lado, tirando la pistola, quitándose la chaqueta… Uno de sus acompañantes le siguió, imitándolo en todo. Llegaron a lo alto de la escalerilla, y, cuando se disponían a saltar al acuario, la vieron. Estaba aferrada al borde de cristal, encogida, crispada, blanco el rostro como un papel. Parecía agarrotada completamente, a excepción de la barbilla, que temblaba violentamente.

—¡Dios…! —aulló Simón.

Se inclinaron los dos a la vez, tomaron cada uno un brazo de la espía, y la subieron a la plataforma. Abajo se veía ya con bastante claridad las formas de dos enormes pulpos, que, evidentemente, durante aquellos minutos, habían estado cegados por la tinta de uno de ellos. En el fondo, se veían muchos pececillos, agrupados glotonamente en tomo a algunos tentáculos cortados.

—Baby… ¿Está bien? ¿Está bien? —Casi gritó Simón.

Brigitte señaló el reloj acuático que llevaba en la muñeca.

—Llegan ustedes con… con un par de minutos… de retraso…

—Es que estuvimos antes en la casa, y…

Se calló, porque Brigitte Montfort, alias Baby, tras el intento de mostrar una fría entereza, estalló de pronto en un grito de espanto, de miedo contenido. Comenzó a temblar, mientras un raudal de lágrimas se deslizaban por sus mejillas palidísimas.

—Cálmese… —Tembló la voz de Simón—. Por Dios, Baby, no llore, cálmese… ¡Ve a buscar algo fuerte para beber!

Su compañero bajó a toda prisa, y salió como un rayo del

acuario. Simón Peralta se cargó a Brigitte en brazos y descendió cuidadosamente por la estrecha escalerilla. El otro Simón esperaba al pie, pero no sabía qué hacer. La dejaron en el suelo, junto a Buchanan, que la miraba con expresión desorbitada, todavía sin comprender la astuta jugada de la espía: elige el acuario, sabiendo que, al menos, podrá irritar lo suficiente a uno de los pulpos para que expela su tinta, y así, puede volver a la superficie, quedar colgada del borde, y esperar… a que lleguen sus compañeros de la CIA…

—Tranquila —sonreía Simón crispadamente, acariciando una mejilla de Brigitte—. Ha terminado, Baby. No hemos podido encontrar a Zumarray…

—Se… se fue… se fue a…

—Tranquilícese. Ya nos lo dirá. ¡Maldita sea, ¿viene o no viene ese licor?! ¡Ve a mirar!

—Estoy bien… —murmuró Brigitte—. Estoy bien.

—Estará mejor cuando beba algo.

—He… he sido una tonta; no debí… asustarme tanto…

Simón miró hacia el acuario, y se estremeció.

—Sí… Ha sido una tonta. No había motivos para asustarse. Solamente… ¡Ah, aquí está eso…!

—Es ginebra —dijo Simón IV—. Lo primero que he encontrado.

Llegaba jadeando. Entregó la botella a Simón Peralta, que se apresuró a dar de beber un buen trago a Brigitte, hasta que ésta apartó la botella, tosiendo.

—Es… es suficiente… Simón, oí a Zumarray… Se fue con intenciones de matar a Makinley. Debe estar llegando allí ahora…

—¿Cuánto hace de eso?

—Siglos… Bueno, en tiempo del que utilizamos nosotros normalmente, unos diez minutos, más bien escasos.

—¿Se siente bien?

—Sí, sí… —Se estremeció—. Estoy bien ya. Vayan a buscar mi maletín. Está cerca de la playa, frente al embarcadero. ¿Han traído coche, supongo?

—Claro.

—Tráiganlo también al jardín. Y usted mismo, vaya a la casa y pida por teléfono una ambulancia. Usted se irá con ella al hospital. Usted —señaló a Simón III—, vaya a por mí maletín. Usted, a por el

coche… ¡Vamos!

—Parece que ya está usted bien —sonrió Peralta—. ¡Vamos, moveos!

Cada uno fue a cumplir su parte. Brigitte se acercó al acuario cuando quedó sola, y estuvo unos segundos contemplando a los dos defraudados pulpos, que no habían sabido buscarla hacia arriba por entre su propia tinta. Las aguas estaban de nuevo claras, y quienes habían salido ganando eran los peces pequeños, que se estaban dando un banquete de tentáculo de pulpo gigante…

Se estremeció fuertemente, y salió del acuario. Estaba llegando a la casa cuando Simón III apareció con el maletín. Allí mismo, en el jardín, Brigitte se quitó rápidamente el traje de goma, y, justo cuando quedaba en bikini, Simón IV llegaba con el coche, y se apeaba rápidamente, con la boca abierta, dispuesto a decir algo. Pero se quedó así, durante unos minutos.

Por fin, exclamó:

—¡Demonios, Peralta tenía razón! ¡Usted es sensacional!

Brigitte había sacado ya del maletín el vestido de espuma, cortito y escotado, y se lo puso rápidamente, sonriendo. ¿Por qué no? Siempre hay tiempo para llorar y sonreír. De pronto, echó a correr hacia el acuario, y regresó con su pistolita, recuperada del cadáver de Amadeo. Simón Peralta y Buchanan estaban en el porche, haciéndole señas. Fue hacia allá.

—¿Han llamado la ambulancia? —preguntó Brigitte.

—Claro.

—Pues vámonos. Hasta la vista, señor Buchanan.

—Baby, yo… Por nuestra culpa… No sé cómo decirle…

—No tengo tiempo para tonterías, señor Buchanan. ¡Vámonos! ¡No! ¡No todos! ¿Qué les pasa? ¿Quieren que se escape Zumarray?

—Pe-pero usted ha dicho que está en…

¡Si ha terminado lo que ha ido a hacer allí, volverá al embarcadero, para recoger a sus hombres! ¡Vayan a esperarlo allí! Y tengan mucho cuidado… Usted vendrá conmigo, Simón. ¡Y ojalá lleguemos a tiempo!

—Se acaba mi tiempo, Makinley… ¡Y mi paciencia! ¡Acabe ya de sacar su dinero!

Jefferson Makinley volvió la cabeza, y miró hoscamente a Zumarray, que le apuntaba a la espalda con la pistola. Algo más

allá, sentada en uno de los sillones, estaba Etelvina, inmóvil, inexpresiva, mirando de uno a otro hombre. La puerta del despacho había sido cerrada por Zumarray después que los tres entraron allí, tranquilamente… Pero su actitud tranquila y cordial que los criados conocían había desaparecido en cuanto la puerta se cerró.

—Todo está perdido, Zumarray —murmuró Makinley—, tiene que comprenderlo. Por mucho dinero que yo le dé ahora…

—Lo necesito, eso es todo. Tengo que marcharme. Nuestro negocio ya no podrá seguir adelante, así que se disuelve la sociedad y yo me voy… ¡Deme ese portafolios! ¿Cuánto calcula que hay?

—No sé… Unos veinte mil dólares… Los pierdo con gusto a cambio de no volver a verlo. En cuanto a lo que usted llama «sociedad» entre nosotros, nunca lo ha sido, lo sabe muy bien. Usted me ha estado obligando a…

—¡Ya basta de charla! —Zumarray le quitó el portafolios a Makinley, de un manotazo—. ¡Aún tengo que volver a mi casa, a buscar el dinero que hay allí! ¡Vámonos! ¡Tengo la lancha en el canal, Etelvina!

Etelvina Quesada de Makinley se puso en pie. Estaba bellísima con su traje de noche, tan escotado y ligero. Los Makinley se habían vestido para cenar aquella noche, pero su invitada, la señorita Montfort, no había llegado.

Jefferson Makinley se quedó mirando a su esposa, sin comprender.

—¿Qué… qué haces, Telvi?

—Me voy, querido. Eso es todo.

—¿Te vas? Pero… ¿adónde? No comprendo…

—Es lógico que no comprendas, querido. Pero eso ya no tiene importancia —Etelvina miró a Zumarray—. Supongo que vas a matarlo, Carmelo.

—Desde luego.

Makinley había palidecido tan intensamente que parecía que ya no hacía falta matarlo.

—Telvi —susurró roncamente—, ¿de qué estáis hablando… vosotros dos?

—De matarte y marcharnos, querido esposo. Como comprenderás, después de lo que nos ha dicho Carmelo sobre la CIA y esa astuta señorita Montfort, no puedo quedarme. Aunque ella

haya muerto, quedan muchos agentes de la CIA, que harán muchas preguntas, harán investigaciones… Adiós, «querido».

Jefferson Makinley estaba tan desconcertado como si le estuvieran hablando en un idioma desconocido. Parpadeó rápidamente.

—Pe-pe-pero… ¿Estás loca? —aulló de pronto—. ¿Cómo puedes hablar de marcharte con este hombre?

—Porque somos socios hace tiempo, querido. Llevamos algunos años juntos dedicados al espionaje por nuestra cuenta. El asunto tuyo ha sido muy bueno y productivo, pero ha terminado. Hay que aceptarlo así.

—Santo Dios, no comprendo nada… Etelvina, este hombre es el que me ha estado chantajeando y amenazando… El vino a verme un día, me dijo que tú habías tenido un hijo hacía años, y que si no le ayudaba, si no hacía lo que él me pedía, podía demostrarlo, acabar con mi carrera diplomática por tener una esposa que… que tenía un hijo en un colegio de Buenos Aires. Aún más: me amenazó con matar a tu hijo en Buenos Aires si no hacía lo que él me pedía. Yo… yo te pregunté si eso era cierto, y te pusiste a llorar. Me pediste que te perdonase por no habérmelo dicho antes de casarme contigo, estabas tan apenada y humillada, y yo te amo tanto… Por ti, por tu hijo, he estado traicionando a mi patria… ¡Por ti y por tu hijo!

—Eres un tonto, Jeff. ¿No comprendes que no existe tal hijo? Te engañé. Sabíamos que no investigarías, pues eso podría ser comprometedor para ti. Y, en efecto, no investigaste nada. Creíste en mis palabras y en las amenazas de Carmelo… Pero la CIA no se conformaría fácilmente. Investigarán hasta el último detalle. Y eso no me conviene a mí. Además, aquí ya no tengo nada que hacer: sólo sería la esposa de un diplomático yanqui que traicionó a Estados Unidos. No, gracias. Adiós.

—Dios mío… —sollozó Makinley, ocultando su rostro con ambas manos—. Dios mío, me has engañado, y por ti he traicionado a mi patria sin vacilar, y…

Plop… Plop…

Makinley notó los dos golpes en el pecho, que lo sacudieron fuertemente, empujándolo, derribándolo de rodillas… Alzó la cabeza, y se quedó mirando, sólo un instante, la pistola que empuñaba Zumarray. Luego, desvió la mirada hacia su esposa.

—E-etelvina… no has debido… no has debido…

Cayó de bruces.

Zumarray señaló hacia la puerta del despacho, impasible.

—Nos iremos ahora tú y yo tranquilamente, Telvi. Con la lancha, llegaremos en veinte minutos a mi casa, recogeremos el dinero y la última valija, y nos iremos de Arvelia. Sal con tranquilidad, que los criados no noten nada, de momento… Luego, ya no importará.

—Está bien, Carmelo. Lástima: hemos tenido que matar la gallina de los huevos de oro.

Carmelo Zumarray guardó la pistola y, portafolios en mano, se dispuso a salir del despacho, con absoluta naturalidad. Los criados no tendrían nada que oponer, le conocían bien, sabían que era amigo de los Makinley…

Abrió la puerta, sonriendo amablemente…, y la sonrisa se congeló en sus labios.

—¡No! —exclamó.

Brigitte movió su pistolita significativamente.

—Adentro, don Carmelo —susurró—. No podrá ir a su casa a recoger nada. En realidad, la ruta que le queda por recorrer en su vida es corta y simple. ¡Y usted, «señora», no se mueva!

Zumarray retrocedió, y, antes de que la señorita Montfort entrase en el despacho, pudo ver afuera a los criados, pálidos, demudados.

—No es posible —murmuró Zumarray—. ¡Usted está muerta!

—Pues… ¿quién sabe, mi amigo? A lo mejor sí soy un fantasma. Pero será mejor para usted que empiece a creer en los fantasmas, y que, al menos, obedezca a uno: vuélvase de espaldas, saque su pistola y tírela a ese sillón. Luego, reúnase con la «señora». ¡Vamos, hágalo!

Zumarray se volvió de espaldas, y, muy despacio, metió la mano bajo la chaqueta. Tomó la pistola, comenzó a sacarla lentamente, y, de pronto, se volvió a toda velocidad, con el arma ya empuñada.

—¡Ahora vas…! —empezó a gritar.

Plof… Plof…

Sonriendo fríamente, Brigitte se quedó mirando a Zumarray, que, ciertamente, no acabó aquella frase. Ni acabaría ninguna más. Había dado media vuelta al recibir las dos balitas justo en el

corazón, cayó de bruces, y la pistola se deslizó por el suelo, lejos de su ya muerta mano.

—Se lo advertí, don Carmelo —sonrió Brigitte—: su ruta era ya muy simple y muy corta.

Fue adonde estaba Jefferson Makinley, se arrodilló junto a él, y le dio la vuelta, cuidadosamente. Los ojos de Makinley, turbios, se fijaron en los de ella.

—Señorita… Mont… Mont…

—No es necesario que hable, embajador. Lo oí todo desde detrás de la puerta.

—Dios… Usted… usted pudo evitar… que me matase…

—Pude hacerlo, pero no quise. En primer lugar, jamás me gustaron los traidores, sea por el motivo que sea. A la vida, hay que hacerle siempre frente, no ceder por el camino más fácil…, que en este caso ha sido traicionar a su patria…

De pronto, a espaldas de Brigitte, se oyó ruido de cristales rotos, y un tremolante alarido. La espía se volvió a tiempo de ver caer a Etelvina Quesada, soltando la pistola de Zumarray… Cuando acabó de caer, primero de rodillas, y luego de bruces, se vio en la ventana, tras ella, el tenso rostro de Simón, encima de su pistola, por entre las agudas aristas del cristal de la ventana. Brigitte alzó la manita hacia él, en cariñoso saludo, y regresó su atención a Makinley, con fría indiferencia, sin conceder ni una sola mirada más a Etelvina Quesada.

—Acaba de fallecer su esposa, señor embajador —murmuró—. Ha hecho precisamente lo que yo sabía que haría. Sólo que, en previsión a posibles trucos de usted o de Carmelo, pues no desconfiaba de su esposa, yo había colocado en la ventana a uno de mis compañeros de la CIA.

—¿Etelvina ha… ha…?

—Ha muerto. La ha asesinado Carmelo Zumarray.

—¿Có-cómo… dice…?

—A todos los efectos, señor Makinley. Carmelo Zumarray, que era un espía pagado por país o países desconocidos, los ha asesinado a ustedes dos. Y su chófer, llamado Simón Peralta, pudo intervenir para matarlo a él. Zumarray quería sobornarlo, y como usted se negaba, disparó contra los dos… En realidad, señor embajador, usted va a ser un… héroe.

—Le agradezco…

—Oh, no. No me lo agradezca, porque no lo hago por usted, sino por Estados Unidos, por el buen nombre de sus embajadores y por las buenas relaciones entre nuestra patria y los países sudamericanos. No me agradezca nada, pues ya le digo…

Ya no era necesario decir nada. Jefferson Makinley estaba con los ojos muy abiertos, fijos en el techo, pero ya no lo veía. Ni podría ver u oír nada nunca más.

Brigitte fue a la ventana, la abrió, y Simón entró en el despacho, guardándose la pistola.

—¿Ha oído lo que he dicho, Simón?

—Desde luego.

—Pues ya sabe cómo tiene que hacer las cosas. Los criados de Makinley son norteamericanos, excepto uno o dos… Espero que podrá finalizar este asunto de acuerdo a lo que me ha oído decir.

—Haré lo posible. Y espero conseguirlo, desde luego. ¡Hey! ¿Qué hace ahora?

Brigitte volvió la cabeza, sonriendo, ya con una pierna por encima del alféizar de la ventana.

—Me voy. Eso es todo. Usted tiene la verdadera valija, la de los otros correos diplomáticos está en la caja fuerte de la Embajada, junto con la falsa que nosotros redactamos anoche… No creo que me necesiten para nada… ya. Y tengo amigos que me están esperando en otro lugar. No olvide prepararlo todo bien, Simón.

—Su solución a este asunto es… un poco rara, ¿no?

—¿Rara? Quizá… Pero yo más bien diría que son soluciones a las que debemos sentimos obligados todos los espías del mundo: evitar complicaciones de toda clase, no provocarlas. Adiós, Simón. Saludos a Simón, Simón y Simón.

Este es el final

¡Por fin otra vez en Río…! ¡Por fin otra vez ante la bahía más hermosa del mundo! ¡Por fin…!

La llamada a la puerta de su *suite* en el más lujoso hotel de Copacabana rompió los agradables pensamientos de la agente Baby. Hacía dos minutos que había llegado al hotel, apenas empezaba a saborear la belleza de la bahía, y ya llegaba alguien a molestarla…

Cuando abrió la puerta, se quedó atónita, estupefacta de verdad, boquiabierta.

—¡Tío Charlie! —exclamó.

Charles Alan Pitzer, jefe de Baby en el Sector de Nueva York, entró en la *suite*, sonriendo secamente. Tras recuperarse de su estupefacción, Brigitte cerró la puerta, y se tomó cariñosamente del brazo de su, generalmente, antipático jefe.

—¡Pero qué sorpresa tan agradable, tío Charlie! ¿Qué hace usted en Río de Janeiro? ¡No me diga que ha venido de vacaciones!

—Yo no soy la espía de lujo de la CIA —refunfuñó Pitzer.

—¿Ha venido a trabajar, entonces? ¡Pobrecito!

—Por su buen humor, deduzco que lo de Guaytino ha sido un éxito completo… ¿No es así?

—Completísimo. Uno de mis chicos enviará el informe… adecuado a la Central. Por mi parte, como no tenía nada más que hacer en Arvelia, volví a Río. ¿Recuerda? ¡Estoy autorizada para quedarme unos maravillosos días en esta ciudad que…!

—Está bien, está bien… Por mi parte, no hay inconveniente. Espero, sin embargo, que no tarde en regresar más de una semana. Deme los gases, y yo mismo los llevaré a Washington, mientras usted… ¿Qué le pasa?

—Pu-pues… los gases… ¿Se refiere usted…? ¡Oh!

Pitzer parpadeó rápida, nerviosamente.

—¿Qué le pasa? —mascullé—. ¿No sabe de qué gases le estoy hablando? La enviamos precisamente a Río de Janeiro para solucionar ese asunto… Y, según mis noticias, usted lo solucionó, como siempre. Uno de sus… chicos dijo que usted tenía los gases, pero que no había querido entregárselos a él…

—Sí, sí… Es cierto, es cierto… Oh, no crea que fue tan fácil conseguir aquel cinturón con las bolsitas de gases. Tuve que dejar que un espía enemigo hiciera el trabajo… Es que soy tan astuta…

—Ya sé, ya sé… Nadie niega eso. Es usted astuta, inteligentísima, hermosísima y adorable en todos los sentidos. De acuerdo. Ahora, deme los gases. Tengo que estar en Galeao cuanto antes. Mi avión sale dentro de cincuenta minutos.

—Ah, regresa usted a casa… Le deseo feliz viaje. ¿Será tan amable de dar un besito a «Cicero» de mi parte? Y a Miky Grogan, al tontísimo de Frankie…, ¡salúdelos a todos de mi parte!

—¡Está bien, haré todo eso! ¡Incluso besaré a su perro, si así lo desea! —Pitzer miró su reloj, impaciente—. ¿Dónde están esos gases tan maquiavélicos?

—Pu-pues yo… yo… los… los perdí.

Ahora fue Charles Alan Pitzer quien se quedó con la boca abierta. Y, de pronto, palideció.

—Los perdió… —repitió en un susurro.

—Sí. Los perdí. ¡Y no me explico cómo pudo suceder eso, pues usted ya sabe que no soy descuidada…! Pero los perdí. ¡Qué tontería, ¿verdad?!

—Santo Dios… —jadeó Pitzer—. ¡Los ha destruido!

—No, no… Los perdí, eso es todo, tío Charlie. Le ruego que les pida en mi nombre a los señores de la Central que me perdonen. Pero ustedes abusan de mí… Aún no he terminado una misión, y ya me envían a otra… Claro, con tantas cosas en la cabeza, es fácil distraerse, y perder cualquier cosa…

—¡Los ha destruido! —aulló Pitzer—. ¡Ha destruido unos gases bélicos de los cuales no queda fórmula alguna, y cuyo inventor está muerto…! ¡Los ha destruido! ¡La conozco bien, y sé que los ha destruido, o los ha tirado al fondo del mar, o…!

—Pero, tío Charlie, le aseguro…

—¡No me venga con más mentiras estúpidas a mí! Puede intentar engañar a los de la Central, pero no a mí, que la conozco

más que si fuese hija mía… ¡Santo Dios, ha destruido un arma que podría aumentar tanto el poderío bélico de Estados Unidos…!

—No se congestione así. Ya va teniendo edad para ir con mucho cuidado con su salud, tío Charlie. Le aseguro…

—¡No quiero oír nada más! ¡Adiós!

La puerta de la *suite* batió fuertemente, y Brigitte, tras unos segundos de asombro, regresó al ventanal desde el cual se veía Copacabana. Permaneció inmóvil durante casi un minuto, y, de pronto, estalló en una suave y dulcísima carcajada. Luego, con paso de samba, se fue al cuarto de baño, dispuesta a salir de allí más perfumada y hermosa que nunca.

FIN